



eCOMMONS

Loyola University Chicago
Loyola eCommons

Master's Theses

Theses and Dissertations

2020

Una Vision Compleja y Conflictiva: El Renacimiento de la Imagen de Isabel la Catolica y la Experiencia Femenina Durante la Epoca de la Postguerra

Sarah M. Obrist

Follow this and additional works at: https://ecommons.luc.edu/luc_theses



Part of the [Modern Languages Commons](#)

Recommended Citation

Obrist, Sarah M., "Una Vision Compleja y Conflictiva: El Renacimiento de la Imagen de Isabel la Catolica y la Experiencia Femenina Durante la Epoca de la Postguerra" (2020). *Master's Theses*. 4344.

https://ecommons.luc.edu/luc_theses/4344

This Thesis is brought to you for free and open access by the Theses and Dissertations at Loyola eCommons. It has been accepted for inclusion in Master's Theses by an authorized administrator of Loyola eCommons. For more information, please contact ecommons@luc.edu.



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 3.0 License](#).
Copyright © 2020 Sarah M. Obrist

LOYOLA UNIVERSITY CHICAGO

UNA VISIÓN COMPLEJA Y CONFLICTIVA:
EL RENACIMIENTO DE LA IMAGEN DE ISABEL LA CATÓLICA
Y LA EXPERIENCIA FEMENINA DURANTE LA ÉPOCA DE LA POSTGUERRA

A THESIS SUBMITTED TO
THE FACULTY OF THE GRADUATE SCHOOL
IN CANDIDACY FOR THE DEGREE OF
MASTER OF ARTS

PROGRAM IN SPANISH

BY
SARAH M. OBRIST

CHICAGO, IL

MAY 2020

Copyright by Sarah M. Obrist, 2020
All rights reserved.

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, quisiera agradecer a mis padres y a mi familia extendida por todo su apoyo y ánimo durante este proceso. En particular, me gustaría expresar mi agradecimiento a mi abuela Rose que me inculcó una pasión por la cultura y la literatura. A mis profesoras de español de North Central College que me han inspirado profundamente: la Dra. Beverly Richard Cook, la Dra. Silvia Goldman, la Dra. Patricia Bayona y la Dra. Jelena Sánchez. Además, me gustaría agradecer de todo corazón a cada uno mis maestros y profesores que fomentaron mi afán de aprender desde una edad temprana para ayudarme llegar adonde estoy hoy.

A los profesores del programa de postgrado en Loyola University Chicago que me han ayudado a crecer intelectual y profesionalmente: la Dra. Clara Burgo, la Dra. Ana Rodríguez Navas y el Dr. Scott Hendrickson SJ. Sobre todo, deseo expresar mi agradecimiento más sincero a la directora de esta tesis, la Dra. Susana Cavallo, por siempre mostrarme su apoyo incondicional por medio de sus palabras amables e inspiradoras. También, me gustaría agradecer al Dr. Alrick Knight por ser el lector de esta tesina de maestría y por sus comentarios meticulosos.

Finalmente, me gustaría expresar mi agradecimiento a mis más queridos colegas del programa de postgrado que me ayudaron a lo largo del camino: Elizabeth Maldonado, Karl Groneman, David Inczauskis SJ, Elizabeth Kust, Miguel Mendez, Lauren Kennedy, Marcela Rios, Angela Anders y Alexa Godinez.

RESUMEN

Esta investigación analiza la experiencia de la mujer española durante la época de la postguerra y cómo se relaciona con el renacimiento de la imagen de la reina Isabel I (1451-1504) como un ejemplar de la feminidad. La revitalización de la Reina Católica sirvió como propaganda política falangista con el fin de inspirar la subyugación, devoción abnegada y conformidad de la mujer española de aquel entonces. Por medio de la Sección Femenina, la imposición de tales expectativas de género sexual condujo a la privación de varias libertades sociales, educativas y legales de la mujer española durante la dictadura de Francisco Franco (1936-1975). No obstante, el renacimiento de Isabel la Católica era una representación reduccionista de la “reina regente” que disimulaba todos los atributos de la reina que no fueran piadosos, maternales o “femeninos.”

En el siglo XX, la transición entre el liderazgo de la Segunda República Española y la dictadura franquista significó que muchos de los avances con respecto a los derechos de la mujer fueron anulados con el propósito de reconstruir una sociedad tradicionalista. No obstante, las protagonistas femeninas de la literatura de la posguerra, tanto como los relatos de mujeres reales, demuestran que se forjaron su propio camino o modo de ser para poder aguantar la opresión política, social y religiosa. Por medio de un enfoque en las obras ficticias y no ficticias de la escritora liberal Carmen Martín Gaité y la jurista conservadora y novelista Mercedes Formica, esta investigación pretende demostrar cómo sus palabras reflejan ese sentimiento y el rechazo de las expectativas de género tradicionales. Al considerar esta perspectiva, esta investigación demuestra que había muchas mujeres de diversas afiliaciones políticas que se identificaron con términos más

allá de una madre, ama de casa y religiosa devota; en efecto asemejándose mejor a la imagen más compleja de la reina Isabel la Católica.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	iii
RESUMEN	iv
INTRODUCCIÓN	1
La experiencia femenina durante la dictadura franquista	4
El renacimiento de la imagen de Isabel la Católica	9
El rechazo de la representación reduccionista de Isabel la Católica	14
CAPÍTULO I: CARMEN MARTÍN GAITE: LA VOZ DE UNA GENERACIÓN	16
Las novelistas de la postguerra	17
Carmen Martín Gaité y la novela de la postguerra	20
<i>Desde la ventana</i>	23
<i>Usos amorosos de la posguerra española</i>	25
CAPÍTULO II: DESDE LA MARGINALIDAD: LA MUJER INCONFORME DE LA POSTGUERRA	27
<i>Entre visillos</i>	28
<i>El cuarto de atrás</i>	33
CAPÍTULO III: TESTIGO Y PARTÍCIPE: MERCEDES FORMICA Y LA SECCIÓN FEMENINA	42
Los años de formación de Mercedes Formica	43
Mercedes Formica y la Falange Española	47
El ejercicio de la escritura como activismo político	52
“El domicilio conyugal”	53
CAPÍTULO IV: “LA REFORMICA”: EL ACTIVISMO JURÍDICO Y LITERARIO DE MERCEDES FORMICA	57
Una vocación: Mercedes Formica y la defensa de la mujer española	59
“Situación jurídica de la mujer española”	61
<i>A instancia de parte</i>	64
“La Reformica”	69
CONCLUSIÓN	74
BIBLIOGRAFÍA	77
VITA	80

INTRODUCCIÓN

En la historia moderna de España, la relación entre el catolicismo, el estado y la identidad nacional ha sido un hecho irrefutable desde la unificación de la península en el año 1492. Es más, a lo largo de los siglos en la península, las instituciones de la religión y la política se han infiltrado en todos aspectos de la vida pública y privada, alcanzando su zenit con el resurgimiento de una ideología conocida como el nacionalcatolicismo. Según el historiador Stanley Payne, “[t]he resulting ‘National Catholicism’ of the Franco regime produced, at least for a decade or so, the most remarkable traditionalist restoration in religion and culture witnessed in any twentieth-century European country” (171). El nacionalcatolicismo y sus conceptos respectivos inspiraron un anacronismo cultural que redefinió las expectativas de género para la mujer y la noción aceptada de la femineidad. En esta introducción, exploraré los hechos históricos y fenómenos socioculturales que condujeron a este anacronismo cultural después de un período de progreso liberal significativo. En los párrafos subsecuentes, me enfocaré en las implicaciones de la subyugación de la mujer española y la privación de sus derechos durante la época de la postguerra.

A principios del siglo XX, las divisiones políticas, religiosas y sociales de la población española sirvieron como un catalizador para los conflictos sangrientos entre los dos partidos políticos reinantes—los nacionalistas y los republicanos. Según el historiador Julián Casanova, el “tránsito de la política a la guerra, los adversarios políticos o ideológicos, perdían su condición de compatriotas, «españoles», para convertirse en enemigos contra quienes era completamente legítimo el uso de la violencia” (97). Los nacionalistas, un partido político conservador y

tradicionalista compuesto de simpatizantes falangistas, monarquistas y una gran mayoría de católicos españoles, se dedicó a reestablecer los valores tradicionales de la España isabelina. Es decir, los nacionalistas bajo la dirección de Francisco Franco buscaron cualquier manera de revitalizar la España en que el catolicismo forzado y la unificación política del país condujeron a la cumbre cultural y militar del Imperio Español. Al contrario, los republicanos cuyos simpatizantes se identificaron con el anarquismo, liberalismo, socialismo, masonería y sentimientos anticlericales iniciaron una serie de levantamientos contra los esfuerzos fascistas de la derecha. Por eso, “[e]l anticlericalismo, presente ya en el siglo XIX, con intelectuales liberales y la «izquierda burguesa» dispuestos a reducir el poder del clero en el Estado y en la sociedad, entró en el siglo XX en una nueva fase más radical, a la que se sumaron los militantes obreros” (Casanova 16). El movimiento ideológico de los republicanos no solo reflejó la popularidad creciente del socialismo en ciertas partes de Europa, sino también el rechazo del ascenso fascista en otros países como Italia y Alemania.

En 1931, después de echar del poder a la dictadura de Miguel Primo de Rivera y su simpatizante el rey Alfonso XIII, el partido republicano instaló un gobierno democrático conocido como la Segunda República (1931-1939). Un poco después, y sobre todo bajo la dirección de Manuel Azaña en 1936, los republicanos implementaron varios avances con respecto a la secularización, modernización y liberalización del país. No obstante, los esfuerzos progresivos duraron poco tiempo debido a la serie extensiva de conflictos revolucionarios y contrarrevolucionarios que condujeron a la guerra. Según los nacionalistas, “[l]a persecución anticlerical convirtió a la Iglesia en víctima, la contagió de ese desprecio a los derechos humanos y del culto a la violencia [...] y malogró cualquier atisbo de entendimiento entre los católicos más moderados y la República” (Casanova 11). Es más, se puede observar el mismo sentimiento

fratricida por medio de la retórica ferviente de “patriotas” versus “traidores” y “nacionalistas” versus “rojos” que provocó la deshumanización del “otro” y la violencia subsecuente (Casanova 12). Después de años de conflicto armado e ideológico, las tensiones llegaron al punto culminante cuando el partido nacionalista percibió la necesidad de restaurar los valores de la España tradicional y restaurar la gloria del siglo XV.

El 18 de julio de 1936, la Guerra Civil comenzó oficialmente con un golpe de estado llevado a cabo por las fuerzas nacionalistas bajo el mando de General Francisco Franco. Según Inbal Ofer, aquel golpe de estado parecía a una “holy crusade that opened a new chapter in the fulfillment of Spain’s historic destiny” (590). Franco, el “generalísimo” de las fuerzas armadas, junto con el apoyo de la Iglesia Católica, la aristocracia, los terratenientes y otros partidos de la derecha lograron ganar el control del país. A causa de la división geográfica, religiosa y política que existía en España durante los años de preguerra y guerra, la caída resistencia republicana da lugar para el ascenso de al nuevo gobierno fascista.

A partir del ascenso de la dictadura de Franco y sus ideologías nacionalistas en 1939, la población española experimentó una reversión cultural, social y política caticlisma: “[d]estruction and reconstruction were two simultaneous facets of one process initiated on that day, 17 July 1936 [and] a necessity for the subsequent construction of their ‘New State’” (Ellwood 209). La identidad católica que sirvió como una fuente de división anteriormente, se convirtió paradójicamente en una fuerza unificadora en la formación del Nuevo Estado, como lo había hecho en la Reconquista y unificación de España medieval durante el reino de los Reyes Católicos. Dicho esto, Casanova deja claro que

fuera de las cárceles, en la España libre, una, grande y católica, la Iglesia gozaba de esplendor, se bañaba de política autoritaria y encumbraba al Generalísimo. Eran tiempos de silencio, de autarquía económica y cultural, represión política y exaltación religiosa. Tiempos de «totalitarismo divino». (303)

El nuevo ambiente político de la dictadura franquista contrasta profundamente con las reformas progresivas de la anterior Segunda República. El totalitarismo con un matiz divino que gobernó el país dominó cada esfera de la sociedad española; en efecto condujo a la revitalización del monolito de la Iglesia Católica y el éxito del nacionalismo a lo largo de cuarenta años de dictadura. De acuerdo con ese procedimiento histórico, el historiador Julián Casanova explica que

la Iglesia, recuperados y agrandados sus privilegios históricos, la financiación estatal, el control absoluto del sistema educativo, su monopolio religioso, se mostraba gozosa, inquisitorial, omnipresente y todopoderosa, con los obispos levantando el brazo siempre al lado del Generalísimo o de sus adláteres. (12)

La Iglesia Católica, cuyos valores tradicionales e ideología se alinearon con la causa nacionalista, sirviendo de esta manera como una gran ventaja política para los propósitos políticos de Franco. En los años siguientes, la dictadura franquista en conjunción con la Iglesia Católica implementó cambios sociales que afectarían cada esfera de la vida española, especialmente en el caso de la mujer.

La experiencia femenina durante la dictadura franquista

Antes de la formación del Nuevo Estado y los subsecuentes cambios sociales, la ideología progresiva del partido republicano había cambiado drásticamente el estatus de la mujer durante la Segunda República. Por medio de las reformas del Código Civil de 1889, la mujer española adquirió más derechos y libertades. Es más, el alcance de las reformas del código civil permitió la mayor participación de mujeres en distintas esferas de la sociedad, como la política con el sufragio femenino, en el acceso a la educación superior, además del derecho al divorcio. Por otra parte, se podía observar el resultado de la ideología progresiva en la imagen republicana de la mujer miliciana, cuya participación en la vanguardia era

uno de los símbolos principales de la emancipación femenina y de la amplitud de la movilización antifranquista, por el contrario, para el bando nacional, la mujer «disfrazada»

de hombre es la manifestación más irreverente de la destrucción de los papeles tradicionales. (di Febo 21)

La supuesta destrucción de roles y expectativas de género poco tenía que ver con la imagen de una mujer liberada, progresiva y poco femenina. Al contrario, Franco y los nacionalistas percibieron a la mujer de la Segunda República como una amenaza poco femenina contra los valores tradicionales y la domesticidad femenina.

Por lo tanto, como respuesta a los cambios sociales progresivos, la dictadura franquista reconoció la necesidad de controlar las relaciones entre los sexos y el comportamiento de la mujer (di Febo 20). El discurso del partido nacionalista se centró en la revitalización de valores tradicionales acerca del papel de la mujer en el ámbito doméstico. La dictadura franquista junto con la organización falangista, la Sección Femenina (SF) con un medio millón de socias, adquirieron el poder y canal necesario para adoctrinar a la población femenina (Ofer 583). Desde su fundación en 1934, la Sección Femenina y su líder Pilar Primo de Rivera, la hermana del dictador asesinado, se encargaron de revisar y redefinir las expectativas de género y la femineidad para la mujer española. Según la historiadora Mary Nash, la Sección Femenina concluyó que “women were to be self-effacing and submissive with total loving dedication to their children and husband or parents, but they were also to be functional in their efficient management of the home” (11). En efecto, la dictadura inculcó las expectativas de sumisión y conformidad femenina para oprimir a la mujer y dejarla con pocas opciones aparte de ser madre, monja o ama de casa. La dictadura franquista logró este objetivo por medio de la reversión de precedentes legales y la promulgación de “[d]iscriminatory measures enforced by the State [to ensure] female subordination through legal discrimination, educational and political inequality, and labor restrictions” (Nash 27). La privación de los derechos personales reflejó la necesidad de inculcar e institucionalizar la subyugación femenina para asegurar su lealtad completa al Nuevo Estado.

La naturaleza amenazadora de los derechos progresivos de la Segunda República inspiró una anulación de leyes republicanas para proteger los valores tradicionales de la glorificación del estado y la conformidad a la imagen aceptada de la femineidad. Por lo tanto, se puede observar en la legislación de aquel entonces del Código Civil y el Código Penal que había una subordinación sistemática de la mujer en varios aspectos de la sociedad española. En la obra histórica, *Defying Male Civilization*, la historiadora Mary Nash aporta una lista extensiva de las prácticas discriminatorias en contra de la participación social de la mujer española. En el Código Civil (1889), existía una multiplicidad de artículos anticuados que fueron revitalizados durante la dictadura franquista regalaron los derechos de la mujer a su esposo. La mujer se convirtió en un objeto subyugado y como se observa en Artículo 57 y 58: “the husband must protect his wife and she must obey her husband [and] women were obligated to establish their residence wherever the husband decided” (Nash 15). En adición a la represión personal, la mujer ni siquiera tenía el derecho a su propio salario y su esposo fue el que decidió todo con respecto a la vida laboral de su esposa en aquel entonces (Nash 16). Además, en los Artículos 58-62 del Código Civil nombró al esposo como:

The administrator of the goods and chattels of the couple as wells as the representative of his wife, who needed his permission to participate in any public act such as lawsuits, purchases, and sales (except those for normal family consumption) or any kind of contract. (Nash 15-16)

Evidentemente, la represión personal y laboral fue más extrema en el caso de la mujer casada. El esfuerzo subyacente de quitar a la mujer de la esfera pública para poder mantenerla confinada al hogar. En 1938, una de las primeras leyes del Nuevo Estado, el *Fuero del Trabajo*,

[estableció] el disciplinamiento de trabajadores según la retórica del estado sindicalista y corporativo. Para las mujeres se añade la conocida frase: ‘el estado libertará a la mujer casada del taller y de la fábrica’. (di Febo 20)

Se encuentra el mismo sentimiento en la propaganda falangista que abogó por la promoción de la mujer por medio de trabajo doméstico. Según la Sección Femenina y su líder Pilar Primo de Rivera, “el hogar era la ‘gran hazaña cultural de la mujer, según lo demuestran los etnólogos y los prehistoriadores’” (Casanova 313). Más tarde durante la dictadura franquista, se puede observar este sentimiento con la promulgación de la “*excedencia forzosa*, or involuntary leave of absence” para cualquier mujer trabajadora casada (Davidson 405). La situación con respecto a los derechos laborales de la mujer no cambiaría hasta los años sesenta con la promulgación de la *Ley de Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer* que revocó las previas limitaciones profesionales, económicas y legales (Davidson 406).

Aparte de la legislación discriminatoria del Código Civil, los derechos legales de la mujer con respecto al matrimonio cambiaron para reflejar el ambiente tradicionalista de aquel entonces. Primeramente, la mujer perdió el derecho al divorcio en 1939 y el ajuste del Código Penal del Nuevo Estado tenía implicaciones destructivas acerca de los derechos femeninos (Payne 180). La mujer española ya no tenía remedios para separarse de un marido adúltero o abusivo. Según el Artículo 603 del Código Penal, la desobediencia de una mujer o el uso de ofensas verbales hacia su esposo llevaron el castigo de encarcelamiento (Nash 16). La mujer no solo se enfrentó con un doble estándar sino también con la desigualdad legal; es decir, un hombre no recibió el mismo castigo por crímenes como la infidelidad o crímenes pasionales, mientras tanto una mujer se enfrentaría con la pena de cadena perpetua (Nash 16). La situación legal de la mujer solo se empeoró con la implementación estricta de *la patria potestad* que le negó el derecho de su propia propiedad, casa e incluso sus hijos en el caso de un divorcio.

En conjunción a la legislación discriminatoria, la Sección Femenina utilizó otros métodos de subyugación para poder controlar a la mujer y su imagen pública. Por medio del Servicio Social

(1937), un programa obligatorio para todas las mujeres solteras de entre la edad de diecisiete y treinta años. Según Barbara Weissberger, el programa consistió de

one year of ideological indoctrination and community service. The first six months of the program were spent in learning domestic skills such as sewing and childcare, and the last six were designed to put those skills to use in community service, often imparting health hygiene, and child-care education to rural families. (203)

Es más, este programa resultó ser efectivo porque la Sección Femenina aseguró “[p]roof of completion of Servicio Social [...] in order to obtain a passport, a professional degree, a civil service post, and to be allowed to compete for university posts or hold public office” (Weissberger 203). Por medio del servicio, la dictadura franquista y la Sección Femenina aseguró que la mujer española estuviese preparada para promocionar la patria en uno de los lugares más importantes— el hogar.

Aún con todo eso, la Sección Femenina y sus propósitos políticos presentan una paradoja para historiadores contemporáneos debido a la contradicción entre sus acciones y creencias. Primeramente, la líder de la organización era Pilar Primo de Rivera, una mujer soltera sin hijos que servía como la portavoz para la domesticidad, maternidad y la subyugación de la mujer en la esfera pública:

Although she [Pilar Primo de Rivera] considered that women were not called upon to fulfill a political role, the Sección Femenina in fact did just that, through its staunch defence of the Falangist doctrine and through the conscious and willing subjugation of the interests of women to those of the Franco regime. (Ellwood 218)

Es sumamente importante reconocer la aportación de la Sección Femenina con respecto a la participación de la mujer en la esfera pública. A pesar de que sus iniciativas y propósito político servían como una herramienta de oprimir a la mujer, curiosamente las acciones de la Sección Femenina les permitieron mayor participación de mujeres en la educación y la política entre otras áreas de la sociedad franquista; “on one hand empowering women and yet on the other limiting

their contribution to the performance of traditionally female tasks for the greater good of the nation” (Davidson 402).

El renacimiento de la imagen de Isabel la Católica

En adición a la legislación discriminatoria y la propaganda falangista, la dictadura franquista se apropiaba de imágenes culturales para enfatizar otro rol femenino importante— la religiosa devota. Según Nash, “[m]odels of femininity transmitted through the symbolic representation of women in gender discourse can become a decisive manifestation of informal social control in the channeling and maintenance of women in gendered roles” (48). Por lo tanto, la Sección Femenina eligió a Teresa de Jesús e Isabel la Católica, la primera siendo “el símbolo de la obediencia y laboriosidad silenciosa” para ser patronas de “la construcción del Nuevo Estado” (di Febo 26). Según la perspectiva reduccionista de los falangistas, aquellas mujeres se dedicaban a “las ‘labores de su sexo’, privadas de cualquier autonomía jurídica, económica y cultural y condenadas a la obediencia y al sacrificio” (Casanova 349). En efecto, los falangistas se apropiaban de la religiosidad de dos mujeres revolucionarias, Teresa e Isabel, para poder promover una narrativa distorsionada de la abnegación y sumisión femenina a la mujer española. La propaganda falangista no reconocía los atributos “masculinos” de la autodeterminación y el libre albedrío que contribuían al éxito de ambas mujeres en sus respectivas reformas socioculturales. Por lo tanto, la propaganda falangista solo reconocía ciertos atributos de Teresa e Isabel que “encarna[n] un modelo de ‘feminismo cristiano’ [...] que resalta[n] las virtudes ‘propias de la mujer’” (Maza Zorrilla 176). A pesar de que la apropiación de Teresa de Jesús es un componente crítico de la propaganda falangista, esta tesis solo se enfocará en la representación reduccionista como se relaciona con la vida e historia de Isabel la Católica.

En el siglo XX, la revitalización de la imagen de Isabel la Católica no solo sirvió como un modelo de femineidad, sino también como un símbolo nacional del anhelo para una época obsoleta. La dictadura franquista incorporó los emblemas del yugo y las flechas en su propia iconografía para forzar una conexión entre ambos períodos históricos,

Si la monarquía equivale a la máxima expresión de la unidad estatal, reforzada por la unidad católica, eran sin duda los Reyes Católicos los más indicados para asumir el papel de paladines de la unidad nacional en una triple dimensión: territorial, política y religiosa. (Maza Zorrilla 172)

Aunque la propaganda de la dictadura franquista muchas veces se trataba de la representación de ambos reyes y su vínculo político, solía incluir la imagen de Isabel con más frecuencia que la de su esposo Fernando. La imagen de Isabel cumplía con dos propósitos de adoctrinar a la población femenina y fomentar la identidad nacional entre los españoles. En aquel momento, Isabel I de Castilla representaba la “archetypal mother of the essential Spain whose values of religion, militarism, unity, authority, family, and National Catholicism must be revived if Spain is to carry forward its age-old mission” (Weissberger 192).

Con el propósito de llevar a cabo con la “misión antigua” de cristianizar y unificar el país, la Sección Femenina perpetuaba la ejemplificación de la reina Isabel la Católica como madre, esposa y religiosa devota a través de diferentes medios. Según la historiadora Elena Maza Zorrilla, “[n]umerosos textos destacan sus virtudes hogareñas, cuidados de madre y dedicación conyugal, que pretenden conjugar con la atención a las cuestiones de Estado” (176). La Sección Femenina y su líder Pilar Primo de Rivera enfatizaban la importancia de la misión de religiosidad femenina de “recomponer una sociedad disgregada en su sistema de valores por la acción secularizadora y, a su juicio, nefanda de la Segunda República” (Maza Zorrilla 173). De la misma manera, la reina católica había cumplido con su propósito religioso de reconquistar los reinos musulmanes para unificar la península bajo la Iglesia Católica. Para recordarles a las mujeres de esta misión, el

simbolismo de Isabel la Católica era omnipresente y desbordado. La “Y” del antiguo deletreo del nombre Isabel, era un “monograma al que se atribuye un triple simbolismo alusivo a unidad y servicio (inicial de la reina, conjunción copulativa y letra del yugo)” llevado puesto por Pilar Primo de Rivera y era un símbolo presente en muchos medios de propaganda (Maza Zorrilla 174). La misión femenina de la religiosidad devota y el compromiso al hogar no solo eran simbólicos, sino que también expresaban explícitamente en la retórica de los falangistas. En 1939, Franco habló directamente de la misión femenina en un discurso organizado por la Sección Femenina,

No acabó vuestra labor con lo realizado en los frentes... os queda la reconquista del hogar, os queda formar al niño y a la mujer españoles ... Es necesario ese patriotismo que forjáis vosotras en los hogares... al conjuro y al recuerdo de aquella Reina ejemplar, Isabel la Católica. (Maza Zorrilla 178)

En los siguientes párrafos, pretendo demostrar el contraste encarecido entre la representación simbólica de la reina católica y los hechos históricos de su vida.

En la historia de España, no había otra mujer que ocupara un rol tan importante como el de reina regente, ni una época tan importante como la de Isabel I (1474-1504). En la península ibérica, el reinado de una reina regente no era inusual en el sentido de tradición monárquica de aquel momento. A diferencia de otros países europeos, muchas monarquías ibéricas no seguían la ley sálica que limitaba la herencia de tierras y realeza al heredero varón. De hecho, “[t]hroughout the Middle Ages, Castilian queens were involved in governance in varying capacities— some in their own right, some as regents, and some alongside their husbands” (O’Callaghan cit. en Earenfight 4). No obstante, el reinado de Isabel I, quien ni siquiera estaba en la línea de sucesión directa al trono, cambiaría la península ibérica y dejaría su marco en la historia universal para siempre.

En el año 1474, Isabel I consolidó su poder y derecho al trono de Castilla tras años de luchar por la herencia contra su hermano mayor, Enrique IV de Castilla, y su hija supuestamente ilegítima Juana. Isabel I, originalmente tercera en la línea de sucesión al trono, se proclamó reina

de Castilla por medio de la demostración de gala masculina sin precedentes con una espada desenvainada y otros atributos de poder masculino (Earenfight 12). Durante la coronación del 13 de diciembre de 1474, Isabel declaró su intención de gobernar y en conjunción con la gala masculina que se puede interpretar como una demostración del poder femenino de Castilla sobre el poder masculino de Aragón (Earenfight 12). La demostración oficial en Segovia es una de las primeras ejemplificaciones de la autonomía y sagacidad política que ella ejercería en los años subsecuentes.

Como se ha mencionado, muchas veces las monarquías ibéricas no seguían la ley sálica que regulaba la herencia y, “Isabel like most of her European counterparts, became queen after her marriage, but unlike them it was inheritance and not marriage that made her queen” (Azcona cit. en Earenfight 8). Durante su reinado, Isabel poseía todo el poder en Castilla, tenía mucho control, tierras y fuerzas el militar para tomar sus propias decisiones independientemente de su esposo. No obstante, su soberanía fue limitada en Aragón, pero las restricciones de la soberanía de Isabel en Aragón también se aplicaban a Fernando en las tierras castellanas (Earenfight 4). Por lo tanto, hay un énfasis en la pluralidad de poder entre los reyes representado por el lema popular “tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando”; sin embargo muchas veces no se reconocían la autonomía e independencia de la reina Isabel durante su reinado. Según Theresa Earenfight, es primordial considerar que ella heredó sus propias tierras y poder político, todavía gobernaba a “the discretion, the permission, and ultimately the pleasure of a man (or group of men)” como el rey, los oficiales del Estado y la Iglesia (6). Evidentemente, estos factores no la afectaban ni disminuían su influencia en el éxito de muchos proyectos políticos y militares.

Isabel I de Castilla, cuyo reinado se alineaba con un período transformativo de la historia de España, estaba muy involucrada en asuntos tradicionalmente masculinos de guerra, militar y

política. Además, “[she] possessed tremendous personal gifts for rulership— decisive character, intelligence, and political astuteness” (Earenfight 8). Por lo tanto, su gran visión política y militar le permitía trabajar con muchos hombres y ejercer su influencia sobre la historia de España. Durante su reino, se sabe que Isabel tenía un papel importante en la negociación de varios tratados que transformarían España. En 1475, la ascensión de Isabel al trono castellano provocaba la creación de *La Concordia de Segovia* que declaraba que el reino de Castilla pertenecía únicamente a Isabel y sus descendientes directos, así excluyéndole a Fernando la oportunidad de controlar esas tierras. Luego, tras el comienzo de la Santa Inquisición y la reconquista del último territorio musulmán de Granada, Isabel y Fernando promulgaron el *Edicto de Granada* (1492) que exigía la expulsión o la conversión forzada de los judíos para poder cristianizar el país. Finalmente, en las *Capitulaciones de Santa Fe* (1492), los Reyes Católicos resumían las condiciones del viaje de Cristóbal Colon al Nuevo Mundo y la distribución subsecuente de la riqueza. Aparte de la promulgación de leyes, Isabel se involucraba en asuntos militares significativos, específicamente en la reconquista cristiana de la última fortaleza musulmana, Granada. Por lo tanto, “Isabel conceded the presumed weakness of her sex when she accepted the dominance of male rule in military matters, but her behavior at her coronation and the conquest of Granada in 1492 reveals her as neither meek nor deferential” (Lehfelddt cit. en Earenfight 4). Evidentemente, Isabel no se dedicaba tanto a “las labores de su sexo” de criar hijos o la domesticidad porque su vida e historia reflejan la imagen de una gobernante poderosa y autoritaria; así como la describe la autora Theresa Earenfight, “Isabel, although a loving Catholic wife, was hardly docile” (12).

En conclusión, la vida e historia apenas convencional de Isabel la Católica le ha atribuido la reputación de ser una de las reinas más importantes e impactantes de la historia europea. Además, se puede conjeturar que este reconocimiento nunca le habría sido otorgado si hubiera

CAPÍTULO I

CARMEN MARTÍN GAITE: LA VOZ DE UNA GENERACIÓN

A lo largo de los siglos, se había pasado por alto mayormente la literatura femenina de España hasta mediados del siglo veinte. Hasta la época de la postguerra, existían pocos ejemplos de escritoras que habían recibido la estima debida por sus aportaciones a la literatura española, a excepción de mujeres como la religiosa Santa Teresa de Jesús (1515-1582). Por lo tanto, era de esperar que hubiera muchas brechas en lo que se sabía de las obras femeninas de la época antes de la dictadura franquista.

De hecho, en el libro *Women Writers of Contemporary Spain: Exiles in the Homeland*, la historiadora Joan Lipman Brown afirma que la literatura femenina se divide en tres épocas “arbitrarias”: “before Franco (1100-1936), during the Franco era (1936-75), and after Franco (1975 to the present)” (13-14). Esto no quería decir que no hubiera mucha creación literaria por mujeres españolas; más bien no había interés en ellas hasta años recientes. De ahí se supone que todavía hay muchas escritoras españolas para investigar. Así que no es sorprendente que tal sea el caso de la escritora española al considerar las condiciones históricas que subestimaban su género sexual, su aportación literaria e intelectual (Brown, *Women Writers* 21). Es por eso que los consiguientes párrafos se centrarán en la creación literaria prolífica de las escritoras de la postguerra y la invención sin igual de protagonistas femeninas que reflejaban las experiencias de mujeres reales. Por medio de la escritura de ficción realista, las novelistas de la postguerra desarrollaban protagonistas femeninas cuyas experiencias se alineaban mejor con la de la mujer inconforme.

Específicamente, las obras ensayísticas de Carmen Marín Gaite (1925-2000), *Desde la ventana y Usos amorosos de la postguerra española* reflejan ese fenómeno histórico, siendo ella la primera persona para documentar tal fenómeno.

Las novelistas de la postguerra

En los años de la postguerra, las novelistas españolas presentan una perspectiva única y testimonial que “provide[s] invaluable insight into how women wrestled with the incongruities between their reality and the perplexing ideology fed to them” (O’Byrne 6). Aparte de la imposición de los roles de género tradicionales y las expectativas conservadoras de la dictadura franquista mencionadas en la introducción de esta tesis, la novelista española se enfrentaba con la desestima de la sociedad que dudaba de su potencial literario. Es más, la crítica de la inteligencia de la mujer resonaba en la propaganda omnipresente de la Sección Femenina y la retórica de la postguerra de su líder Pilar Primo de Rivera. Según la ideología de la portavoz conservadora citada en *Desde la ventana*, “[l]as mujeres nunca descubren nada. Les falta, desde luego, el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles; nosotras no podemos hacer nada más que interpretar mejor o peor lo que los hombres han hecho” (Martín Gaite 103). No obstante, la falta de respeto que sufría la novelista española no le disuadió de escribir y curiosamente la postguerra resultó ser una de las épocas más prolíficas para la producción literaria femenina. Carmen Martín Gaite, la primera autora para documentar los cánones literarios de la mujer española durante la postguerra, afirma en su colección ensayística *Desde la ventana* que “[e]n ninguna época de la historia de España se han publicado tantas novelas firmadas por mujeres como en las tres décadas que abarcan de los años de cuarenta a sesenta” (Martín Gaite 121). La creación literaria por novelistas españolas durante la dictadura franquista no sólo cambió el canon de la literatura

femenina, sino que también reveló una perspectiva nueva y despertó la conciencia pública sobre la experiencia de mujeres reales frente el anacronismo sociocultural del franquismo.

A pesar de esa producción prolífica, no obstante, Martín Gaité insinúa que la novelista femenina de la postguerra no fue bien recibida por todos:

Es un fenómeno que no está estudiado [...] pero en la prensa de la época se encuentran muchos testimonios, unos burlescos, otros más o menos comprensivos, y la mayoría indignados, que lo registran como una novedad incontestable. (*Desde la ventana* 121-122)

El movimiento literario de las novelistas españolas llamado una “novedad incontestable” implica que la nueva producción literaria resultó ser impactante debido a la forma en que se diferenciaba mucho del género previamente escrito y leído por las mujeres durante la postguerra. Anteriormente, durante los años cuarenta y cincuenta, la literatura popular se caracterizaba por la difusión de *novelas rosas*, las que consistían en “formulaic construction considered to be a vehicle for the transmission of a repressive and retrograde ideology” dirigidas solamente a la mujer (O’Byrne 90). En esas novelas, la trama siempre se centraba en una protagonista sumisa y casta cuyo comportamiento loable le otorgaba el poder de buscar el amor casarse con el hombre de sus sueños. Ese género literario promocionaba la sumisión de la mujer y demostraba el destino desfavorable de la mujer inconforme. Por tal motivo, muchas de las novelistas de la postguerra rechazaban las *novelas rosas* por la promoción de una imagen distorsionada del mundo y la exclusión de la mujer fuera de la esfera de la domesticidad (O’Byrne 91).

Por eso, la literatura femenina que surgió de la postguerra se distanciaba de las *novelas rosas*, y sobre todo, de la literatura contemporánea escrita por los hombres. En *Post-War Spanish Women Novelists and the Recuperation of Historical Memory*, Patricia O’Byrne explica que el surgimiento de las varias novelistas españolas resultaba ser un acto liberador que:

provided women with a voice and a means to explore boundaries and constraints that arose from the determination of the regime and its collaborative agencies to confine them to the

home and domestic activities, thus ensuring their subjugation, financial dependence, and their chastity. (3)

Al considerar las muchas limitaciones a la independencia femenina durante los años de la postguerra, no se puede pasar por alto la importancia de esa manifestación de libre albedrío. La capacidad de contar su propia historia y la de muchas otras mujeres se convirtió en un cierto tipo de testimonio de los problemas exclusivamente femeninos de “poverty, hardship, disempowering mechanisms imposed by the regime, the Church and the Women’s Section of the Falange, and how non-conforming women were ostracised” (O’Byrne 21-22).

Aparte del surgimiento de las novelistas españolas, había un cambio de un protagonista masculino a una historia que se centraba en una protagonista femenina nada ortodoxa. Por medio de la inclusión de una protagonista femenina que no se identificaba con las expectativas sociales de aquel entonces se demostraba que

Las mujeres no existían como tales, las fabricaban los hombres, eran el reflejo de lo que la literatura registraba, bien superficialmente, por cierto. Pero en su verdadera condición, en la naturaleza de sus ansias, contradicciones y sufrimientos no profundizaba nadie. (Martín Gaité, *Desde la ventana* 44)

Por consiguiente, la novedad de incluir la protagonista femenina subrayaba una y otra vez la diferencia entre la creación literaria masculina y el nuevo surgimiento de las novelistas españolas.

Según Martín Gaité, las novelistas de la postguerra

se atreverán a desafinar, a instalarse en la marginación y pensar desde ella; van a ser conscientes de su excepcionalidad, viviéndola con una mezcla de impotencia y de orgullo. En general son chicas que tienen pocas amigas, que prefieren la amistad de los hombres. (*Desde la ventana* 112)

La perspectiva de la novelista española de la postguerra presenta un punto de vista previamente indocumentada y reservada al espacio exclusivamente femenino del hogar. Además, O’Byrne se atreve a decir que las novelas femeninas llevaban más importancia que otras producciones literarias de la postguerra porque “women’s fiction tells us more about life as directly experienced

in public *and* private spaces than novels by men, which tend to interrogate less personal subject matter” (4). La perspectiva única de la experiencia femenina durante la postguerra despertó la conciencia sobre las adversidades y las luchas de mujeres reales que a menudo estaban sujetas a la censura, subestimación y represión. Por lo tanto, los siguientes párrafos explorarán las condiciones sociales, religiosas y políticas de la juventud de Carmen Martín Gaité que le motivarían a contar la compleja y conflictiva historia de la época de la postguerra. Es más, las agudas observaciones contenidas en sus obras ensayísticas *Desde la ventana* y *Usos amorosos de la postguerra española* le convertirían en una de las novelistas más estimadas de la literatura española.

Carmen Martín Gaité y la novela de la postguerra

No es casualidad que Martín Gaité posea una multitud de destrezas renombradas mundialmente. De veras, la trayectoria de su vida le permitió presenciar los eventos sociopolíticos españoles más significativos del siglo veinte— la caída de la Segunda República, la época devastadora de la Guerra Civil y la transición a la democracia durante los años después de la dictadura franquista. La experiencia de presenciar esos eventos y subsecuentemente documentarlos por medio de obras de ficción y crónicas le ha atribuido la reputación de ser “an anthropologist in her own culture” (Brown, *Women Writers...*74). Además de ser una observadora social sagaz, Martín Gaité merece nuestro aprecio por la manera en que captaba “the bizarre nature of life for her generation, who came of age in the civil war and lived in its repressive aftermath for close to forty years” (Brown, *Women Writers...* 88).

Nacida en una familia rica, educada y republicana de Salamanca, en vez de recibir la educación religiosa convencional para una niña de aquel entonces, Martín Gaité “was taught by private tutors for the primary grades, and she attended a secondary school that stressed academics and included girls of varied backgrounds” (Brown, *Women Writers...* 73). Por lo tanto, se puede

conjeturar esas dos cosas: la combinación de su educación progresista y la afiliación política de su familia eran responsables por la mujer poco tradicional en la que se convertiría más tarde en su vida. En 1948, se licenció por la Universidad de Salamanca y se mudó a Madrid para perseguir un doctorado en la historia y filología (Brown, *Women Writers...* 73). La oportunidad de estudiar en Madrid le permitió conocer otros estudiantes que serían, como ella, novelistas importantes de la postguerra como

Ignacio Aldecoa (whom she knew in Salamanca), Medardo Fraile, Alfonso Sastre, Jesús Fernández Santos, and Rafael Sánchez Ferlosio [...] associated with the “social novel” that eluded government censors and that offered the only objective testimony of life in Franco’s Spain in the absence of a free press. (Brown, *Women Writers...*73)

La “novela social” era el nombre dado a un estilo literario y un propósito común de los novelistas de la postguerra. De acuerdo con la definición, según Kathleen M. Glenn, la “novela social” se define como

a narrative which is critical in intent and firmly grounded in the sociopolitical reality of the present. Writers identified with social realism attest to the negative aspects of their society and, in some cases, insist that literature be used as an instrument of change. (18)

Es evidente que la oportunidad de estudiar en Madrid influiría su estilo literario y subsecuentemente la trayectoria de su carrera literaria.

En los años siguientes, Martín Gaité demostraría ser “a consistent, rational, moderate advocate for women’s issues” debido a sus varias obras de ficción realista (Pérez 303). La inclinación hacia la literatura testimonial que abordaba los desafíos sociales que experimentaban las mujeres de la postguerra se manifestaría en la multitud de cuentos, novelas y ensayos escritos en respuesta a las injusticias cometidas por la dictadura.

En adición a su éxito literario a lo largo de las décadas, Martín Gaité también se conoció por su implementación del arquetipo de la “chica rara”. Una novedad de la literatura de la postguerra, “la chica rara” era la protagonista cuya aversión a las expectativas sociales de la mujer,

ya fuera el matrimonio, la crianza de los niños, la domesticidad, la religiosidad, la subyugación la distinguía de la mujer común y corriente. Como decía ella,

La vida «normal» no es en ningún momento la meta acariciada por la «chica rara», aunque pueda significar de vez en cuando un alivio, una trama de desahogo en el camino lleno de escollos del crecimiento, a lo largo del cual se aprenden otras cosas más rotundas, aunque sean más desagradables. (*Desde la ventana* 120)

Las mujeres cuyas ambiciones no se alineaban con los roles ni las expectativas de género no estaban conformes con la ideología anticuada y conservadora del franquismo. El arquetipo de la “chica rara” se repetía por varias novelistas españolas e incluso Martín Gaité afirmó que “[a]lgunas de estas mujeres de posguerra que escribieron sobre «la chica rara» eran, a su vez, chicas a las que alguna vez los demás habían llamado raras...” (*Desde la ventana* 121). La proliferación del arquetipo de la “chica rara” señaló el cambio social provocado por las novelistas femeninas cuyos relatos de ficción realista reflejaban la experiencia de la mujer española real frente del anacronismo de la dictadura franquista.

A lo largo de su carrera extensiva, el reconocimiento nacional e internacional de su aportación al mundo literario le galardonó con una multitud de premios prestigiosos, incluyendo, pero no limitado al Premio Nacional de Literatura, Príncipe de Asturias, Premio Anagrama de Ensayo y Premio Café Gijón (Pérez 301). En 1987, se le concedió uno de los reconocimientos más ilustres para una novelista española porque

she became the first Spanish woman to be elected an honorary fellow of the Modern Language Association, joining an elite group of approximately seventy contemporary world authors (including three fellow Spaniards) who are considered by scholars to be the most significant. (Brown, *Women Writers...* 72)

Aparte de las distinciones literarias, Martín Gaité también tenía “concomitant success as a biographer, a historian, a writer of screenplays for television and film, a literary critic, and most recently a playwright” (Brown, *Women Writers...* 73).

No es sorprendente que las novelas de Martín Gaité hayan tenido tanto éxito en el mundo literario y el desarrollo de la novela social en España. Por medio de su crítica social aguda, Martín Gaité reveló las complejidades sociales, históricas y políticas que marcaban las vidas de varias generaciones de mujeres españolas. En las obras ensayísticas de *Usos amorosos de la postguerra española* y *Desde la ventana*, Martín Gaité exploró la relación entre el ambiente de la postguerra y la subsiguiente opresión de la mujer por cuarenta años.

Desde la ventana

En 1987, se publicó una colección de ensayos titulada *Desde la ventana* que exploraba la experiencia de la mujer española y su encierro perpetuo dentro del mundo de la domesticidad. Antes de la Segunda República y durante los años de la postguerra, la vida de una mujer se limitaba mayormente al ambiente privado y sofocante del hogar. Por tal motivo, a la mujer le fueron atribuidas connotaciones negativas, como la de “ventanera” un ejemplo “confined to prison-like enclosures from which they contemplate life largely as spectators [...]” (Pérez 302). Como insinúa Emma Martinell en el prólogo, el símbolo de la ventana “vincula la mujer con el exterior, al tiempo que la mantiene atada al interior” (*Desde la ventana* 11). La mujer española sin libre albedrío y muchas veces sin el determinismo para decidir su propio destino, ella

[was] educated to consider marriage and maternity as God-given missions, victims of an inexorable double standard and rigid, Victorian morality, [and] denied access to contraceptives and divorce[.] Spanish women lost their civil rights upon marriage, being legally reduced to the status of wards of their husbands. Married women existed as permanent minors unless and until widowhood restored some legal options. (Pérez 305)

El encierro en el hogar familiar y el sometimiento a los valores tradicionales era opresivo para muchas mujeres, pero a muchas novelistas de la postguerra les inspiró “la vocación de escritura, como deseo de liberación y expresión de desahogo, ha germinado muchas veces a través del marco de una ventana. La ventana es el punto de enfoque, pero también el punto de partida” (Martín

Gaite, *Desde la ventana* 51-52). De manera similar, se puede atribuir la creación del arquetipo de la “chica rara” como una respuesta a la atadura restrictiva del hogar.

Como se mencionaba antes en este capítulo, la época de la postguerra contaba con la conformidad y sumisión de la mujer conservadora, pero por otro lado sirvió como un catalizador para impulsar la desobediencia social de muchas otras mujeres. En el caso de la chica inconforme, como veremos en los siguientes capítulos, ellas se forjaron su propio camino o modo de ser para poder aguantar la opresión política, social y religiosa. Según Martín Gaite,

no aguantan el encierro ni las ataduras al bloque familiar que las impide lanzarse a la calle. La tentación de la calle no surge identificada con la búsqueda de una aventura apasionante, sino bajo la noción de cobijo, de recinto liberador. (*Desde la ventana* 113)

Aun así, muchas veces “la chica soltera con pruritos de independencia, son casi siempre las personas de otra generación—padres, tías o abuelos—quienes tratan de persuadirla para que no busque fuera de los muros de las casas patrones de conducta subversivos” (Martín Gaite, *Desde la ventana* 117). El enfoque de Martín Gaite en la experiencia de la chica rara en la sociedad de la postguerra no sólo reveló las historias de mujeres reales, sino que también era un reflejo de los eventos de su propia vida. En *Desde la ventana*, Martín Gaite cuenta una anécdota en que se identificaba con la mujer inconforme:

Había ido a dar un curso al Barnard College y por primera vez vivía completamente sola en un apartamento muy agradable de la calle 119, sin tener que dar cuentas a nadie de mi tiempo libre, que era mucho, ni sentirme interferida por requerimientos o problemas de seres humanos vinculados a mí. Y, sin embargo, los echaba de menos, porque la independencia siempre ha sido arma de dos filos para la mujer. (*Desde la ventana* 26)

A pesar de ser reconocida por sus logros literarios ilustres internacionalmente, Carmen Martín Gaite todavía se sentía culpable por no haber seguido las expectativas de género que su nacionalidad, cultura y sociedad una vez habían requerido.

Usos amorosos de la postguerra española

De manera similar en *Usos amorosos de la postguerra española*, su estudio monográfico sobre la relación entre los sexos nombrado “Libro de Oro 1987,” Martín Gaité se enfocó su esfuerzo literario e investigador en las condiciones anacronistas durante la dictadura franquista (Pérez 301); sobre todo, con el propósito de aportar “a social history of the 1940s and 1950s from a female perspective, emphasizing the double standard, de facto relegation of women to home or convent, the phallogentric values dominating education, the workplace, and other aspects of public life” (Pérez 302).

Aparte de escribir una crónica de las condiciones opresivas del siglo veinte, Martín Gaité también tomó la oportunidad de subrayar las consecuencias sociales de rechazar las expectativas de género asignadas. De hecho, la mujer española era el blanco de una crítica independientemente de lo que hacía. Para la mujer española, todas sus acciones y decisiones acerca de los asuntos del matrimonio, la maternidad, la religión, la domesticidad, etc. eran susceptibles a la crítica pública. La chica rara cuya disposición era “poco sociable o displicente” era una clasificación popular para condenar a la mujer, pero también existía la mujer “descreída” cuyos defectos de personalidad según la crítica, que le convertirían en “una persona amargada, recelosa, desagradable, que espantará a todo el mundo” (Martín Gaité, *Usos amorosos de la postguerra* 38). Es más, ese tipo de crítica no se limitaba a enjuiciar a las mujeres jóvenes, sino también se blandía contra las mujeres de todas las edades. Por ejemplo, Martín Gaité explicó que una mujer soltera mayor recibía la clasificación social de ser alguien que “se queda para vestir santos” en iglesias en vez de cumplir con sus deberes maternos prescritos a su sexo (*Usos amorosos de la postguerra* 38). O, para bien o para mal, ella sería clasificada como “una mujer que iba para solterona” (Martín Gaité, *Usos amorosos de la postguerra* 38).

En conclusión, el estudio *Usos amorosos de la postguerra española* igual que la colección de ensayos *Desde la ventana* aportaron pruebas de la condición difícil de la mujer española y un reflejo real de su experiencia en la literatura de la postguerra. Carmen Martín Gaité y su producción de ficción realista provee una ventana a las condiciones sociales, políticas y religiosas de la mujer española durante un período de severa represión. Por tal motivo, el siguiente capítulo se centrará en las protagonistas femeninas de *Entre visillos* y *El cuarto de atrás* cuya caracterización se alinea mejor con la experiencia real de la mujer inconforme de la postguerra.

CAPÍTULO II

DESDE LA MARGINALIDAD: LA MUJER INCONFORME DE LA POSTGUERRA

*“Me gustan las gentes que ven la vida con ojos
distintos de los demás, que consideran las
cosas de otro modo que la mayoría”*

—Carmen Laforet

En la literatura española de los años de la postguerra, la figura de la mujer se representa de una manera estática en comparación con la multiplicidad de dicotomías políticas, sociales y regionales que definen la naturaleza conflictiva y dinámica de esa época. La figura de la mujer tanto si es pobre, rica, madre, soltera, religiosa o prostituta, aporta una visión análoga de la experiencia femenina en la sociedad española. Es decir, refleja la imagen de una existencia marginal que se caracteriza por la opresión, la promoción de valores tradicionales y la sumisión impuesta por el restablecimiento de normas conservadoras de género por la dictadura franquista.

En los años de la postguerra, las expectativas sociales impuestas por la dictadura franquista perduraban y afectaban a la mujer española de una manera trascendente. En las novelas de Carmen Martín Gaité, *Entre visillos* (1958) y *El cuarto de atrás* (1978) es aparente que la represión tanto si era sexual, intelectual o personal, se convierte en un motivo de apoderamiento. Como tal, las mujeres que se liberan de las expectativas de género encuentran su propio camino hacia la liberación, demostrando así la complejidad de la identidad femenina más allá de las clasificaciones sociales tradicionales. En los años de la postguerra, según Lynn K. Talbot, la mujer se enfrentaba con clasificaciones sociales rígidas que “prescribe[d] a limited, restrictive

path for women, a future difficult, even impossible, to escape” (Talbot 82). Es decir, las mujeres que no se conformaban a las expectativas de género se consideraban como “chicas raras,” “en definitiva, una figura que surge del rechazo al ambiente opresivo y uniforme de la época creado por la retórica franquista sobre la domesticidad de la mujer” (Cruz-Cámara 107).

Entre visillos

La divergencia de las expectativas de la domesticidad y el rechazo de la perpetuación de los valores conservadores son rasgos de la protagonista, Natalia, en la novela *Entre visillos* por Carmen Martín Gaité. La novela galardonada el Premio Nadal de 1957 es una compilación de anotaciones del diario de Natalia en que expresa su desinterés fuerte hacia la vida provincial— un ambiente sociocultural sofocante, represivo y limitado. Es decir, como el título sugiere, la vida femenina se vive detrás de los visillos del hogar, un lugar metafóricamente sofocante para las chicas raras como Natalia, que se sienten intrínseca y extrínsecamente motivadas para encontrar su propio camino hacia su liberación.

A fin de que se comprenda la liberación de Natalia, es fundamental contemplar las circunstancias que provocan su búsqueda para una vida más allá de la mediocridad en que viven muchas mujeres de su pueblo durante la época de la postguerra. Primeramente, se tiene que considerar la clasificación de Natalia como una chica rara debido a su comportamiento, apariencia y ambición. Natalia encarna la antítesis de la mujer ideal durante los años de la postguerra por su rechazo insolente del matrimonio, la apariencia femenina aceptable y la domesticidad. La rareza de Natalia se manifestaba a una edad joven, cuando participaba en la caza con su padre que “[le] gustaba que [ella] fuera salvaje, que no respetara ninguna cosa. [Le] gustaba que [ella] protestara...” (Martín Gaité, *Entre visillos* 255). Irónicamente, el padre es quien fomenta y apoya las mismas cualidades raras de Natalia que se rechazan cuando ella protesta la represión intelectual

y expresa su anhelo de estudiar en Madrid. Más tarde en los años de adolescencia, esas cualidades de la determinación e independencia la meten en problemas con su familia y los demás. Una y otra vez, para consternación de su tía, ella “‘no sabe ni saludar’ while her older sister complains to a friend that Natalia is wild, unsociable, and determined not to wear her first long dress” (Talbot 83). A pesar de que Natalia parece rechazar conscientemente los límites impuestos por el patriarcado, Nuria Cruz-Cámara sugiere que la “rareza” de Natalia se deriva de otro asunto inconsciente. Es importante considerar que Natalia, a diferencia que otras chicas de la novela, creció sin la influencia de una madre, la transmisora de las expectativas sociales y de género. La madre de Natalia murió poco después del nacimiento de Natalia. En efecto, la falta de una madre durante los años formativos de Natalia sugiere que ella no hubiera internalizado las expectativas sociales y de género sexual que sus hermanas mayores (100). Esa falta de normas sociales y de género internalizadas le aporta una cosmovisión distinta con que puede cuestionar, criticar y rechazar para seguir su propio camino.

Aparte de las características personales que definen a Natalia, también se ve su rareza por medio del análisis de sus interacciones sociales. A lo largo de la novela, Natalia trata de evitar las interacciones sociales que típicamente se centran en temas superficiales como las apariencias, el chisme, los noviazgos, etc. Según Kathleen Glenn, el habla de las otras chicas en Salamanca refleja “[t]he banality and vacuity of their speech makes all too clear the emptiness of their existence and the narrowness of their horizons” (19-20). Por lo tanto, Natalia declara que “a mí no me importa nada quedarme sola” y suele evitar los espacios comunales de las reuniones sociales entre mujeres y la discoteca, el Casino, porque estos lugares son metafóricamente sofocantes para ella (Martín Gaité, *Entre visillos* 104). Para Natalia, las mujeres que se encuentran en los lugares ya mencionados, como su amiga Gertru, no tienen ambición aparte de casarse y someterse totalmente

al encierro de la domesticidad. Además de las interacciones sociales triviales de las chicas provincianas, Natalia también se da cuenta de que otro mecanismo que limita la libertad de la mujer es la ropa femenina. Es decir, la ropa constituye otra forma de represión y es representativa de los sentimientos de encarcélación interior de la mujer de aquel entonces. Así que “[e]l traje, de esta manera, pasa a convertirse en una metáfora del papel social destinado a la mujer, delimitado por su incapacidad para moverse libremente y por la necesidad de reprimir la espontaneidad” (Cruz-Cámara 100). La mujer se ve obligada a lidiar con estos sentimientos de represión y en efecto los internaliza.

De manera similar, Natalia experimenta las limitaciones del patriarcado en su propio hogar, especialmente con respecto al comportamiento “femenino.” Al describir su hogar a su mentor Pablo Klein, lamenta que “es verdad en mi casa no se puede vivir” (Martín Gaité, *Entre visillos* 253). Por medio de este comentario, Natalia alude a la vigilancia continua que experimenta en casa. A parte de la vigilancia impuesta por su padre con respecto a su educación, sus propias hermanas la someten a una vigilancia de conducta:

Que estudié en el salón [...] Les oigo el mosconeo de lo que hablan, y no me importaría nada, si estuviese segura de que no estaban hablando de mí, pero no me entra la impaciencia de estar siendo vigilada y entonces me distraigo y me pongo a atender a lo que dicen; y resulta que sí, que casi siempre están hablando de mí, más tarde o más temprano. (Martín Gaité, *Entre visillos* 243)

Natalia, la hija menor de la familia, decide forjar su propio camino al dedicarse a la idea de estudiar una carrera en Madrid. No obstante, como se alude en la cita, Natalia se enfrenta con otras personas que tratan de convencerla de dejar de estudiar. Los demás expresan que Natalia se pondría aburrida de escribir y que no se encontraría a un esposo debido a tanto estudiar. En efecto, la capacidad de estudiar una carrera en Madrid le permitiría escapar del ambiente represivo del hogar para

encontrar un sentido de independencia. En una conversación con su padre Natalia describe sus aspiraciones:

Le dije que de estudiar me gustaría ciencias naturales, todo lo que trata de bichos y flores y cosas de la Naturaleza. Creo que hay una carrera de esto, aunque no estoy muy cierta, porque sólo Gertru lo he hablado alguna vez. Se quedó muy pasmado de que, queriendo yo, admitiera la duda de estudiar carrera o dejarla de estudiar. Dijo que era absurdo. (Martín Gaité, *Entre visillos* 212)

Evidentemente, su padre no aprueba de sus ambiciones intelectuales y trata de inculcar las cualidades de una mujer “decente” en Natalia. También, este rechazo se afirma debido al hecho que ninguna de las hermanas mayores de Natalia estudió una carrera ni trató de ir en contra de los deseos del padre o su imposición de las expectativas sociales.

No obstante, desde una edad temprana Natalia entiende que las expectativas sociales y de género sirven para restringir a la mujer a la domesticidad. La culminación de su frustración con los límites de género se expresa cuando Natalia protesta la desaprobación de su padre con respecto a su futuro. Como siempre demuestra un conocimiento más profundo cuando lamenta que:

la tía Concha nos quiere convertir en unas estúpidas, que sólo nos educa para tener un novio rico, y que seamos lo más retrasadas posibles en todo, que no sepamos nada ni nos alegremos con nada, encerradas como el buen paño que se vende en el arca y esas cosas que dice ella a cada momento. (Martín Gaité, *Entre visillos* 254)

Por medio de esta cita, se puede observar la resistencia de Natalia hacia una vida insatisfactoria de domesticidad. Además de la opresión de la tía Concha, las hermanas mayores de Natalia no proveen una imagen inspiradora de la libertad femenina:

The oldest, Mercedes, still single at thirty, is embittered and resentful. Natalia's other sister, Julia, is caught in the dilemma of having chosen what her family considers an unacceptable mate; since she will be defined almost entirely by the man to whom she is married. (Brown, “One Autobiography...” 41)

En vez de rendirse por la desaprobación de su familia y la sociedad, Natalia se libera, busca sus propias oportunidades y se rodea de individuos como Pablo Klein y Alicia que la animan. Natalia deja de comunicarse con su amiga Gertru por falta de entendimiento mutuo y por consecuencia pasa la mayoría de su tiempo con Alicia, otra estudiante del Instituto que comparte las mismas ambiciones intelectuales. Irónicamente, Natalia también encuentra consuelo en las conversaciones con un hombre, Pablo Klein. A pesar de que Pablo es un hombre, no parece tener las mismas convicciones del patriarcado y en lugar de desanimar a Natalia por sus ambiciones intelectuales, él “funciona como el interlocutor ideal que agudiza la clarividencia, ya latente en Natalia, sobre la necesidad de luchar por su independencia” (Cruz-Cámara 104). Según eso, “Martín Gaité exposes the repressiveness of patriarchal control, yet she also suggests the possibilities of change through the actions of defiant young women” (Talbot 81).

En fin, la rareza de Natalia le aporta la ambición y el anhelo de romper con las expectativas sociales y de género asignadas a las mujeres durante los años de la postguerra. Según Cruz-Cámara y Brown, Natalia es el arquetipo del personaje inconforme de Martín Gaité que consistentemente es “unaffected by those internalized norms which motivate others to conform” (Cruz-Cámara 106). Natalia, por medio de su retórica y acciones, refleja la complejidad de la experiencia femenina durante los años de la postguerra, demostrando así que la complejidad de la identidad femenina va más allá de la clasificación de madre, ama de casa o religiosa. Asimismo, la caracterización de la chica rara aporta una visión de resistencia que diverge de la experiencia corriente de la mujer, tradicional y reprimida, que se asocia con la sociedad de la postguerra española. Natalia se libera de las expectativas de género para encontrar su propio camino hacia la liberación y declara “[S]i tengo que ser una mujer resignada y razonable’ [...] ‘prefiero no vivir’” (Brown 41, *Entre visillos* 233).

El cuarto de atrás

De igual manera, la novela galardonada con el Premio Nacional de Literatura de 1978, *El cuarto de atrás*, presenta otra perspectiva íntima de la vida provincial durante los años de la preguerra, guerra y postguerra. A diferencia de otras obras literarias de Martín Gaité, *El cuarto de atrás*, se distingue por la manera única en que combina elementos fantásticos, sociohistóricos y autobiográficos. Indudablemente, la protagonista sólo conocida por su inicial “C.”, es una representación ficticia de Martín Gaité quien tiene la intención de escribir una colección de memorias, pero “[vive] rodeada de papeles sueltos donde [ha] pretendido en vano cazar fantasmas y retener recados importantes” (Martín Gaité 107). Sin embargo, no había podido completarla, es decir, hasta que la despierta un visitante enigmático—un hombre vestido de negro. El visitante, cuya identidad nunca se revela, incita a la protagonista a que le cuente su propia experiencia de haber vivido los cuarenta años de la dictadura de Francisco Franco. La conversación entre C. y el visitante misterioso resulta en la finalización del manuscrito de una novela “[that] is simultaneously a metanarrative and a fantastic memoir” (Glenn 24). Por lo tanto, no se puede discernir definitivamente si el encuentro nocturno con el visitante realmente ocurrió o si todo fue un sueño.

A lo largo de la conversación, la protagonista saca luz a anécdotas y recuerdos que aclaran la experiencia femenina durante aquel período histórico. Aunque muchas de sus memorias se centran en el sentimiento de libertad que ella experimenta en el cuarto de atrás de su apartamento durante los años de preguerra; la mayoría de sus reflexiones del pasado tienen que ver con los eventos bélicos que cambian el panorama político de España. Al comienzo de la guerra, la libertad de aquel cuarto de atrás resulta ser efímera cuando se convierte en una despensa para la familia.

Al igual que mucha gente de su generación, tales cambios políticos sirven para enmarcar distintas etapas de la vida de la protagonista:

me acordé de que las muertes de Antonio Maura y de Pablo Iglesias habían coincidido con mi nacimiento, y caí en la cuenta de que estaba a punto de cerrarse un ciclo de cincuenta años; de que, entre aquellos entierros que no vi y este que estaba viendo, se había desarrollado mi vida entera, la sentí enmarcada por ese círculo que giraba en torno mío, teniendo por polos dos mañanas de sol. (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 118)

A pesar de que ese círculo metafórico termina con el entierro de Franco en 1975, los cuarenta años de la dictadura impiden cualquier tipo de progreso social en el país e interrumpen cualquier tipo de normalidad en las vidas de las personas de su generación.

Al comienzo de la guerra, la protagonista siendo solo una niña, sufre del gran retroceso social y la pérdida de su niñez. Ella lamenta que, durante su niñez,

la felicidad en los años de guerra y postguerra era inconcebible, que vivíamos rodeados de ignorancia y represión, hablarle de aquellos deficientes libros de texto que bloquearon nuestra enseñanza, de los amigos de mis padres que morían fusilados o se exiliaban, de Unamuno, de la censura militar. (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 66)

Además de la represión e ignorancia que caracterizaba aquella época, la retórica asociada a la carencia de las más básicas necesidades y la violencia de guerra empiezan a dominar el habla cotidiano de niños. Por tal motivo, C. explica que ella “estaba harta de oír la palabra fusilado, la palabra víctima, la palabra tirano, la palabra militares, la palabra patria, la palabra historia” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 55). Por eso, se puede entender el desdén que la protagonista siente hacia la guerra la cual se transforma en un escepticismo profundo ante la retórica e ideología oficial de la dictadura franquista.

Una manifestación de la internalización de la ideología nacionalista y retórica asociada con la opresión femenina se presenta durante una visita al balneario durante la época de la guerra. De adolescente, la protagonista rememora la experiencia de un enamoramiento de la juventud. Se

atreve a escribirle al chico una carta de amor “sabiendo[se] en posesión de un secreto que ellos nunca podrían compartir, capaz de hacer algo que nadie haría, porque ninguna chica modosa y decente de aquel tiempo tendría la audacia de escribir una carta así” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 54).

Evidentemente, C. demuestra tener una sensibilidad exacerbada por el adoctrinamiento nacionalista de la mujer española desde una edad muy temprana. Aunque ella recibe una educación poco convencional para una niña de aquel entonces y proclama que “[e]n mi casa [...] no eran franquistas,” todavía está expuesta a la propaganda de la Sección Femenina (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 65). En sus propias palabras y reflexionando sobre el ambiente sociopolítico durante sus años de formación, la protagonista revela que

La retórica de la postguerra se aplicaba a desprestigiar los conatos de feminismo que tomaron auge en los años de la República y volvía a poner el acento en el heroísmo abnegado de madres y esposas, en la importancia de su silenciosa y oscura labor como pilares del hogar cristiano. (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 85)

La mujer española ideal demostraría los valores de “la laboriosidad y la alegría” para reafirmar su lealtad a la dictadura franquista que simultáneamente la mantendría subyugada al hogar, al esposo y a la ideología anacrónica de los nacionalistas (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 85).

Naturalmente, según la “propaganda ñoña y monótona” enseñada en el Instituto, no hay mejor encarnación de estos valores que la reina Isabel la Católica y, por lo tanto:

Se nos ponía bajo su advocación, se nos hablaba de su voluntad férrea y de su espíritu de sacrificio, había reprimido la ambición y el despotismo de los nobles, había creado la Santa Hermandad, expulsado a los judíos traicioneros, se había desprendido de sus joyas para financiar la empresa más gloriosa de nuestra historia, y aún había quien la difamara por la fidelidad a sus ideales, quien llamara crueldad a su abnegación. (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 86)

La adoración de la reina castellana no sólo sirve para la creación de un modelo de comportamiento femenino, sino que también promociona los valores de la piedad y el patriotismo para la

preservación de la dictadura franquista frente a las críticas de los disidentes. Por tal motivo, las niñas y mujeres españolas fueron adoctrinadas para creer y proclamar que

Isabel la Católica jamás se dio tregua, jamás dudó. Orgullosas de su legado, cumpliríamos nuestra misión de españolas, aprenderíamos a hacer la señal de la cruz sobre la frente de nuestros hijos, [...] a sonreír al esposo cuando llega disgustado, a decirle que tanto monta monta tanto Isabel como Fernando, que la economía doméstica ayuda a salvar la economía nacional [...] y a preparar con nuestras propias manos la canastilla del bebé destinado a venir al mundo para enorgullecerse de la Reina Católica, defenderla de calumnias y engendrar hijos que, a su vez, la alabaran por los siglos de los siglos. (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 87)

Por medio de tal propaganda, la Sección Femenina era capaz de adoctrinar a múltiples generaciones de mujeres para que creyesen que sus únicas aspiraciones en la vida deberían limitarse al papel de madre o ama de casa para contribuir al bienestar del país.

A pesar de que Isabel la Católica es el símbolo del espíritu nacionalista de la postguerra, el adoctrinamiento no parece convencer a la protagonista joven quien describe el retrato de la reina con menosprecio:

Yo miraba aquel rostro severo, aprisionado por el casquete, que venía en los libros de texto, y lo único que no entendía era lo de la alegría, tal vez es que hubiera salido mal en aquel retrato, pero, desde luego, no daban muchas ganas de tener aquella imagen como espejo. (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 86)

Sin duda, la imagen de la reina Isabel la Católica inspira un sentimiento de desafío en la protagonista y en efecto hace que no se sienta presionada para conformarse a la imagen de la mujer ideal. De hecho, no oculta su desdén por la propaganda nacionalista y declara abiertamente: “[q]ue sí creo en el diablo y en San Cristóbal gigante y en Santa Bárbara bendita, en todos los seres misteriosos, vamos. En Isabel la Católica, no” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 94).

El adoctrinamiento de la mujer española ya sea sutil o palpable, se manifiesta de distintas formas. Aparte de la educación isabelina flagrante, las otras formas de adoctrinamiento menos notorias también logran a limitar el libre albedrío de la mujer española, y, según la protagonista,

contribuyen a “la mediocridad de la postguerra” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 53). A pesar de que la protagonista rechaza la imposición del símbolo de Isabel la Católica, se puede encontrar semejanzas entre ambas mujeres en la manera en que desafían las limitaciones sociales, políticas e intelectuales que se ven obligadas a enfrentar debido a su género sexual. Por lo tanto, los párrafos siguientes explorarán otras medidas aplicadas para oprimir a la mujer española durante los años de la preguerra, guerra y postguerra y cómo la protagonista logra desafiarlas.

Semejante la educación, las amistades que hacemos de niños pueden ser muy influyentes en nuestra formación personal, social e intelectual. En el caso de la protagonista, su amistad con una amiga íntima del Instituto, con quien escribe historias, le permite imaginar una vida lejos de la miseria de la guerra. Juntas, las chicas inventan juegos y hasta su propia isla imaginaria para escaparse de la realidad desilusionante de su niñez. La amiga, una chica poco ortodoxa y rebelde para aquel entonces, enfrenta los desafíos de la guerra con una indiferencia impresionante:

nunca bajaba la cabeza al decir que sus padres, que eran maestros, estaban en la cárcel por rojos, miraba de frente, con orgullo, no tenía miedo a nada [...] nunca tenía miedo ni tenía frío, que son para mí las dos sensaciones más envolventes de aquellos años: el miedo y el frío pegándose al cuerpo. (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 57)

Evidentemente, la amiga del Instituto no solo apoya a la protagonista durante la miseria de la guerra; lo que es más, no hay ninguna mención de otra chica tan rebelde ni tan impactante en la vida de la protagonista. Por lo tanto, se puede concluir que la admiración que la protagonista siente hacia esa chica poco ortodoxa y su amistad íntima con ella influyen en su formación como una mujer inconforme más tarde en su vida.

Además de su amistad con la chica de ideas afines, la madre de la protagonista también fomenta el apoderamiento personal e intelectual de su hija. Aunque su madre la obliga a seguir muchas convenciones tradicionalmente femeninas, como ponerse los chifles o limitar su libertad

fuera de la casa; en cambio, ella declara casi orgullosamente que “[m]i madre no era casamentera, ni me enseñó tampoco nunca a coser ni a guisar” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 84). Por otra parte, la madre de C., una mujer sin formación académica y de otra generación, reconoce la importancia de la educación y siempre le alienta en sus estudios (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 84). Por consiguiente, no es sorprendente que cuando alguien le dice a C. el refrán popular, “[m]ujer que sabe latín no puede tener buen fin,” su madre replique descaradamente, “[h]asta a coser un botón aprende mejor una persona lista que una tonta” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 84-85). Obviamente, el buen fin se refiere a las expectativas sociales de casarse y criar a muchos hijos quienes a su vez apoyarán la causa nacionalista. Desde este punto de vista, su madre le ayuda a transgredir un destino casi inevitable para una mujer de aquel entonces.

Indudablemente, es en el Instituto donde la protagonista estará expuesta a una extensión de la propaganda e ideología falangista—las novelas rosas. Como se mencionó anteriormente, durante la época de la postguerra, este género literario contribuye al adoctrinamiento de la mujer española y la promoción de la sumisión femenina. Las tramas de tales novelas presentan el arquetipo de la “esposa perfecta” que ni siquiera piensa en su propia infelicidad ni cuestiona la desesperación de su abnegación a favor de su hogar y esposo.

Hasta la madre de C. le regala una copia de una novela rosa de Gregorio Martínez Sierra, *El amor catedrático* (1926), que se trata de una historia de amor en que “una chica que se atreve a estudiar carrera y acaba enamorándose de su profesor de latín y casándose con él” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 84). El supuesto final feliz de la historia resulta ser decepcionante y poco realista para la protagonista. Es aparente que la protagonista desaprueba las novelas rosas y sus mensajes subyacentes cuando le pregunta al interlocutor,

¿por qué tenían que acabar todas las novelas cuando se casa la gente? [...] a partir de la boda, parecía que ya no había nada más que contar, como si la vida hubiera terminado; pocas novelas o películas se atrevían a ir más allá y a decirnos en qué se convertía aquel amor después de que los novios se juraban ante el altar amor eterno, y eso, la verdad, me daba mala espina. (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 84)

En efecto, la protagonista se entera de la ideología ilusoria contenida en esas novelas que tal vez engañaría a otras mujeres durante la época de la postguerra. Al leer las novelas rosas, una mujer española creería que los matrimonios siempre tendrían un “final feliz” y que el matrimonio sería la única opción para su género sexual, o sea, la única manera de conseguir un final feliz.

Por lo visto, está claro que C. no aspira a conseguir la visión nacionalista de un final feliz como se relaciona con el papel de madre, ama de casa o religiosa. De hecho, ella renuncia las expectativas sociales que se atribuyen a su sexo durante la postguerra cuando decide estudiar en Portugal porque “una chica no podía salir al extranjero sin tener cumplido el Servicio Social o, por lo menos, haber dejado de suponer, a lo largo de los cursillos iniciados, que tenía madera de futura madre y esposa, digna descendiente de Isabel la Católica” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 45). Al no cumplir con sus obligaciones femeninas, C. explica que “[t]uve que firmar un papel comprometiéndome a pagar una especie de multa, que consistía en el cumplimiento, a mi regreso, de algunos meses más de prestación” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 45). En aquel entonces, el acto desafiante de salir del país sin completar la formación tradicional femenina se consideraba una transgresión porque “quedarse, conformarse y aguantar era lo bueno; salir, escapar y fugarse era lo malo” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 109). Asimismo, la “fuga” de la protagonista la habría asociado con otras mujeres inconformes de la postguerra: las locas, las prostitutas, las frescas y las ligeras de casco (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 109). No obstante, a la edad de veinte años, la protagonista demuestra una indiferencia hacia las consecuencias potenciales de su decisión y se va a Portugal.

A pesar de que el acto de fugarse provocaría un desdén de la sociedad de la postguerra, ella también nota la ironía de tal acto: “don Quijote y Cristo y Santa Teresa se habían fugado, habían abandonado casa y familia, ahí estaba la contradicción, nos contestaban que ellos lo hicieron en nombre de un alto ideal y que era la suya una locura noble...” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 109-110). Las tres figuras, un conjunto de imágenes empleado para simbolizar la ideología nacionalista de la gloria, el sacrificio y la devoción a la España franquista, inspiran un sentido de colectividad entre los españoles; sin embargo, C. prefiere contemplar como tales personas “habían provocado, con su fuga, la condena unánime de toda la sociedad, los imaginaba en mis sueños y admiraba su valor, aunque no me atrevía a confesárselo a nadie” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 110).

Además, la dictadura promovía a tales personas a causa de sus actos heroicos en el nombre de la religión o el bien común. Sin embargo, C. las admira por la manera en que desafiaban la sociedad para hacer su vida como querían. Los ensueños de la protagonista le hacen creer que “también podía ser heroico escaparse por gusto, sin más, por amor a la libertad y a la alegría—no a la alegría impuesta oficial y mesurada, sino a la carcajada y a la canción que brotan de una fuente que cuyas aguas nadie canaliza—” (Martín Gaité, *El cuarto de atrás* 110). En cierto modo, la protagonista realiza su propia fuga de la mediocridad de la dictadura franquista por medio de la recuperación de sus memorias y la realización del manuscrito. La narración de memorias como el balneario, el Instituto, las novelas rosas, etc. le permite liberarse de la responsabilidad de guardarlas y fugarse de los eventos del pasado que enmarcan cuarenta años de su vida.

Por medio de las novelas casi autobiográficas, *Entre visillos* y *El cuarto de atrás*, Martín Gaité no solo transmite memorias personales, sino que también relata la memoria colectiva de una generación entera (Sieburth 90). En efecto, la primera aporta una visión del ambiente de la

postguerra y la segunda entra en más detalle con respecto a los eventos políticos que contribuyen a la mediocridad de la vida provinciana (Brown 45). A través de ambas novelas, las protagonistas se encuentran atrapadas en un ambiente metafóricamente sofocante debido a “1) the oppressive conformity of provincial life; 2) the severely circumscribed role ascribed to women in a traditional social order; 3) the nature of education under Franco; and 4) the political circumstances of the era” (Brown 38). Las condiciones antedichas en conjunto con el hecho de que las protagonistas no encuentran modelos femeninos atractivos para no hablar de inspiradores que motivan su rotura con la expectativa social de la mujer como un ser sumiso, abnegado y piadoso. Al igual que el diario de Natalia en *Entre visillos*, “the *cuarto de atrás* is not only the physical space which has disappeared, but a part of the mind. This form of the *cuarto de atrás* - memory, or the subconscious - survives the Franco era precisely because it is “atrás,” marginal, unseen by the system...” (Sieburth 84). Desde esta perspectiva, la historia recogida en estas narrativas femeninas, en gran medida pasada por alto, no existiría si no fuera por las novelas autobiográficas de Carmen Martín Gaité.

CAPÍTULO III

TESTIGO Y PARTÍCIPE: MERCEDES FORMICA Y LA SECCIÓN FEMENINA

“Creíamos que con entrega y sacrificio ayudábamos a España”
—Mercedes Formica

En las décadas tras la dictadura franquista, la investigación académica acerca de la mujer falangista y sus logros quedan olvidadas en la historia (Soler Gallo “Hurgando...” 41). A pesar de su poco reconocimiento en el canon literario español, Mercedes Formica-Corsi Hezode (1913-2002) era no solamente una abogada, jurista, sin también una periodista y novelista que contribuía a la producción femenina literaria de la postguerra. Formica, al igual que otras escritoras anteriormente afiliadas con la Sección Femenina, como Carmen de Icaza, Mercedes Ballesteros, Eugenia Serrano y Ángeles Villarta, no recibía el mismo reconocimiento por su aportación a la literatura de la postguerra como otras novelistas liberales debido a su identificación con la política de la derecha (O’Byrne 32). No obstante, en el caso de Formica, su afiliación anterior con la Sección Femenina influyó en la trayectoria de su vida profesional y literaria con el resultado de la publicación de una multitud de libros y artículos periodísticos acerca de la experiencia femenina durante la postguerra.

A pesar de ser un miembro destacado e influyente de la Sección Femenina, Formica demostraba la misma conciencia social aguda acerca de las injusticias cometidas contra la mujer española al igual que muchas de sus contemporáneas republicanas. Como las obras de Martín Gaité, las de Mercedes Formica siguen la tradición de la novela social en su propósito de despertar la conciencia sobre las injusticias sociales de la postguerra. A diferencia de Martín Gaité,

no obstante, la autora-abogada enfocaba sus esfuerzos en concienciar al pueblo español acerca de la desigualdad de la mujer casada frente al sistema jurídico español. Más importante y a diferencia de las mujeres antes mencionadas, Formica abogaba por los derechos de la mujer cuando no había nadie más que luchara para eliminar las prácticas discriminatorias del Código Civil de 1889; y sobre todo, lo hizo en plena dictadura franquista. Por lo tanto, el presente capítulo se centrará en sus primeras dos obras de memoria *Visto y Vivido* (1982) y *Escucho el silencio* (1984) contenidas en la colección *Memorias (1931-1947)*.

Los años de formación de Mercedes Formica

Nacida en una familia adinerada y conservadora en 1913, Formica era testigo y partícipe de muchos de los eventos sociopolíticos más importantes de la historia española del siglo XX. Al principio de la Segunda República, la familia burguesa de Formica se encontraba en Sevilla y ella rememora que “el 14 de abril de 1931, todos los miembros de mi familia eran monárquicos. Ser republicano, en una capital de provincias, significaba una tragedia. Se les miraba como a resentidos, apartados de la vida social, considerados masones, ateos y malos cristianos” (*Visto y vivido* 35). Según Formica, una mujer con una formación religiosa y nacionalista, la Guerra Civil no solo tenía raíz en los movimientos ideológicos de principios del siglo XX, sino que también era un subproducto del precedente social impuesto por los Reyes Católicos. Es decir, las divisiones entre los nacionalistas y los republicanos, o la Iglesia contra el gobierno secular de la Segunda República, hacían eco de la cruzada sociopolítica de la unificación de España en 1492:

Isabel y Fernando, los católicos reyes, contaron con un elemento para lograrla, la religión de Cristo, practicada por la mayoría de sus vasallos. Los cristianos viejos [...] contribuyeron con sus vidas y haciendas a realizar el sueño de la reconquista, ayudados por «grandes» e hidalgos. (Formica, *Visto y vivido* 133)

Quinientos años más tarde, “la cruzada sagrada” de Francisco Franco que dependía del apoyo de la burguesía y la Iglesia construyó una narrativa nacional en contra de los que no compartían la

misma visión para España. Según Formica, la remanencia cultural de los Reyes Católicos o “[l]os vencedores [que] vincularon su religión a la política, dando vida a una teocracia, vigente hasta nuestros días” sirvió como un ejemplar para la dictadura franquista (*Visto y vivido* 133). A pesar de que ella se encontraría al lado de “los vencedores” al final de la guerra, Formica demostrará ser subversiva a la misma ideología que había lanzado su carrera literaria y política.

A la edad de dieciocho años, Formica realizó su primer acto de subversión contra la sociedad provincial y conservadora que había regido su existencia como una mujer hasta ese entonces. Al terminar sus estudios del colegio, y con el apoyo de su madre Formica decidió seguir estudiando, hecho que la convirtió en víctima de las burlas de sus compañeras y la burguesía sevillana:

El hecho de ser la primera alumna del colegio que estudió bachillerato me hizo vivir como una apastada, sensación que mi hermana Elena compartió después, por idénticas razones. El que una alumna del Sagrado Corazón se preparase para ir a la universidad causaba sorpresa y disgusto. (Formica, *Visto y vivido* 21-22)

A pesar del rechazo social de otras chicas y miembros de la comunidad, Formica empezó sus estudios como una de las primeras y pocas mujeres en la facultad de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla durante aquel entonces. En España, la mujer ambiciosa, lista e inteligente presentaba una amenaza al orden establecido. Desde esta perspectiva, se puede entender que:

Las chicas estudiantes ocupaban, frente a la sociedad, una situación ambigua, mezcla de prostitutas y «cómicas», que quizá fuese rescoldo de la enconada contienda que había dividido a cristianos viejos y conversos. Algo más profundo que el simple rechazo de la marisabidilla. (Formica, *Visto y vivido* 23)

Como se esperaba, la universidad resultaba ser un ambiente poco atractivo para muchas mujeres durante aquella época. Formica, al igual que Carmen Martín Gaité, describió la experiencia de

asistir a la universidad con menosprecio debido a la desigualdad de recursos educativos para las estudiantes femeninas:

El «salón de las señoritas», nombre que debía sugerir situaciones más placenteras, era un cuarto lóbrego, en forma de tranvía, que recibía luz de la cristalera incrustada en el techo. Privado de ventanas, nadie veía lo que sucedía en su interior, como si las cuatro muchachas que frecuentábamos las facultades de Ciencias, Filosofía y Derecho fuésemos elementos diabólicos, procedentes del averno. (Formica, *Visto y vivido* 62)

A pesar de la consternación de la sociedad provincial, Formica continuó sus estudios que eventualmente le motivarían a abogar por los derechos legales de la mujer ya fuese universitaria, casada o divorciada.

Alrededor de la misma época, Formica experimentó un evento que la afectaría de una manera profunda y le aportaría una visión más aguda de las injusticias jurídicas contra la mujer española. En 1933, Formica describe que “[a]cogiéndose a la recién promulgada Ley de Divorcio, [mi] papá decidió rehacer su vida con una alemana, la cruel Gretchen Vögel” (*Visto y vivido* 124). El tribunal había ordenado la custodia materna de Formica y sus hermanas, mientras que el único hijo varón de la familia fue enviado a vivir en un internado en Gibraltar. Además, el juez había exigido “una pensión de mil pesetas mensuales, que debía cubrir los gastos de comida, vivienda, vestido, educación y cuidados médicos de una familia compuesta por cinco personas, madre y cuatro hijas, la menor de tres años. Lo que quiere decir que rozábamos la miseria” (Formica, *Visto y vivido* 125). Por lo tanto, la pensión alimenticia insuficiente junto a la falta de becas para una chica de clase alta presentaban un desafío casi insuperable con respecto a sus estudios universitarios. De hecho, Formica lamentaba que “[d]e todas las penurias que entonces pasé, la más dura resultó no poder adquirir los libros que tanto necesitaba. Pero nuestra pensión alimenticia no daba para fantasías intelectuales” (Formica, *Visto y vivido* 131).

Además de la pensión alimenticia inadecuada, y quizás aún más injusto, el tribunal había impuesto una “residencia forzosa” que requería que Formica, sus hermanas y su madre se trasladaran a Madrid. La residencia forzosa, o la *excedencia forzosa* resultaba satisfactoria para los nuevos cónyuges porque había prevenido un escándalo en Sevilla y como lo explica Formica era “lo que nos sumió en el anonimato de la gran ciudad, en una especie de muerte civil, lejos de nuestro ambiente, nuestra casa y nuestros amigos” (Formica, *Visto y vivido* 126). Como se mencionó anteriormente, la jurisprudencia de aquella época mandó que el cónyuge tenía el derecho exclusivo en el manejo de los bienes conyugales, los hijos e incluso el destino de la cónyuge en el caso de una separación.

En el caso de Formica, la imposición de *patria potestad* no alcanzó al extremo en que la cónyuge (su madre) estaba depositada en un convento contra su voluntad; sin embargo, ella explica que “[e]l obligado destierro y la mezquina pensión fueron parte del «castigo» impuesto a nuestra madre por no consentir en un divorcio de «mutuo consenso»” (Formica, *Visto y vivido* 126). Más aún desafortunado, la *patria potestad* que había asegurado los derechos de visita para su madre nunca se realizó y en efecto, su único hijo fue alejado de la familia para vivir en un internado en Gibraltar. Lamentablemente, a la muerte de su madre Formica “[calculó] el tiempo que aquella criatura ejemplar había pasado con su hijo, y con pena infinita, [supo] que, a lo largo de veinte años, no llegó a tres meses” (Formica, *Visto y vivido* 126). Por lo tanto, se puede deducir que la experiencia de ser hija de una mujer divorciada y un testigo de las leyes discriminatorias contra la mujer española la inspirarían a luchar para una reforma legislativa. Es más, la injusta jurisprudencia de *patria potestad* le había motivado a abogar por los derechos de los niños de una separación; las víctimas cuyo bienestar los tribunales nunca habían tomado en cuenta.

Mercedes Formica y la Falange Española

A pesar de haber tenido una formación conservadora y culta, Formica confiesa que no tenía una afiliación política concreta al matricularse en la Universidad de Sevilla en 1933. En cambio, ella explica que:

Mis ideas políticas se limitaban a un vago sentimiento monárquico, inspirado por el afecto y costumbre hacia figuras respetadas: el rey, la reina, las infantas, el príncipe de Asturias. Pero su falta de consistencia no impedía que me sintiese capaz de rechazar dos cosas: la intolerancia y la destrucción. (Formica, *Visto y vivido* 64)

De hecho, se había abstenido de participar en cualquier tipo de organización estudiantil política hasta escuchar un discurso del líder de la Falange Española—José Antonio Primo de Rivera.

Durante el discurso del 29 de octubre de 1933, Formica explica que se había identificada con la siguiente línea: “no somos un partido de izquierda que, por destruirlo todo, destruye hasta lo bueno, ni de derechas que, por conservarlo todo, conserva hasta lo injusto” (Formica, *Visto y vivido* 147).

Para Formica, la Falange Española y su líder carismático presentaban una denuncia atrayente de las divisiones políticas e ideológicas que estaban amenazando la unificación del país. A diferencia de muchas de sus contemporáneas, Formica no tenía miedo de juntarse abiertamente con la organización falangista y se convirtió en “la única falangista de la Facultad de Derecho” (Formica, *Visto y vivido* 166). Por tal motivo, dos años más tarde en 1936, José Antonio Primo de Rivera la nombró la delegada nacional del Sindicato Español Universitario de la Falange y un miembro de la Junta política del partido (Formica, *Visto y vivido* 178).

En 1934, la Sección Femenina (SF), la delegación femenina de la Falange Española se organizó bajo la dirección de Carmen Primo de Rivera para complementar las actividades de la organización equivalente masculino. De hecho, Formica recibió una invitación personal de Carmen Primo de Rivera para participar en las actividades de la Sección Femenina. En sus propias palabras, Formica explica que “Carmen Primo de Rivera, hermana de José Antonio, me preguntó

si quería tomar parte en las actividades de la SF, y aunque mis preocupaciones se relacionaban con los temas universitarios, acepté la sugerencia” (*Visto y vivido* 166). Desde entonces, su participación en las campañas de las Sección Femenina empezó con actividades mínimas como la difusión de propaganda o la distribución de “cigarrillos, cartas, periódicos, libros, [y] consignas” a camaradas encarcelados; sin embargo, su influencia y estatus en la organización crecerá a lo largo de los años (Formica, *Visto y vivido* 166).

En los años subsiguientes, la Sección Femenina se convirtió en la única organización femenina con el propósito de “monitoring the reinstatement of women as mothers and figures of religious piety” (Mangini 102). Al principio, la organización solo contaba con algunas miembros; sin embargo, con el transcurso de los años se convirtió en “a massive organization through which almost every female in Spain—willingly or unwillingly—was eventually channeled” (Enders 86). Más importante, y paradójicamente, la Sección Femenina presentó a la mujer española la posibilidad de expresar cierto libre albedrío y sentirse valorada.

Por medio de la participación en actividades sociales y políticas fuera del lugar tradicional femenino, el hogar, la Sección Femenina y su compromiso con el trabajo social se consideraba una organización “progresiva” en el sentido que había muchas españolas que querían afiliarse con a sus ideas revolucionarias (O’Byrne 63). A lo largo de los años, la gama del auxilio social realizada por la organización falangista expandió según las necesidades sociales, económicas y sanidades del país. Las voluntarias realizaron proyectos gratuitos para erradicar los males sociales como la pobreza o el hambre sin importar la afiliación política de las personas que se beneficiaban de sus programas. Un éxito significativo de la Sección Femenina incluyó:

La erradicación del analfabetismo en zonas como Jaén, de incultura endémica y secular. Las falangistas pasaban tres meses en aldeas escondidas, con sus cátedras ambulantes, enseñando a leer y a escribir, y a llevar adelante la crianza de los hijos de un modo racional.

Todo ello en condiciones tan austeras, que fueron motejadas, a veces cariñosamente, otras no tanto, como «las monjas del Estado». (Formica, *Escucho el silencio* 269)

De hecho, había muchas mujeres que solo se juntaban con la organización para participar en tales programas sociales y, en efecto, para poder sentirse como “meaningful historical agents of their time” (Enders 88). Por lo tanto, las actividades filantrópicas de la Sección Femenina transmitieron un mensaje más allá del auxilio social, ya que sus acciones para mejorar el país y restaurar su antigua gloria hacían eco de los esfuerzos de las dos primeras “monjas del estado” y patronas de la Falange—Santa Teresa de Ávila e Isabel la Católica.

Además de la participación en programas sociales, Formica se convirtió en una escritora para las revistas falangistas, sobre todo para *Medina*—una publicación que más tarde estaría bajo su dirección (Formica, *Escucho el silencio* 385-386). Curiosamente, la Sección Femenina abogaba por la domesticidad femenina y subestimaba el intelecto de la mujer; sin embargo, al mismo tiempo promocionaba la escritura como una profesión viable para la mujer (O’Byrne 32). Según la cabecilla de la organización, Pilar Primo de Rivera:

una mujer culta... es mucho más compañera del hombre, mejor educadora de sus hijos, desenvuelve más conscientemente sus dotes personales si siente vocación literaria o artística y hasta los menesteres secundarios los cumple mejor...” (Pilar Primo de Rivera, cit. en O’Byrne 33)

A pesar de ser la editora de *Medina*, la revista todavía estaba bajo la censura de la Falange y promocionaba la subyugación y subordinación de la mujer al hombre.

Aunque la retórica asociada con la Sección Femenina era opresiva, restrictiva y anticuada, eso no quiere decir que Formica estuviera de acuerdo con la visión falangista para España y la mujer. A pesar de tener amistades con muchas de las fundadoras de la Sección Femenina como Pilar Primo de Rivera y Carmen Werner Bolín, ella no compartió sus ideas sobre las expectativas sociales para la mujer. Con respeto al papel de la mujer en la sociedad española,

Carmen sostuvo siempre que se limitaba a la esfera de la familia, mientras yo mantuve que no sólo en la familia, sino también en la esfera del derecho público podía realizarse, desempeñando cargos políticos y profesionales, de acuerdo con su vocación, preparación e inteligencia. (Formica, *Visto y vivido* 195)

No obstante, la división ideológica entre Formica y la Sección Femenina no solo se limitó a las diferencias de opinión entre ella y otros miembros destacadas, sino que también surgió de los eventos políticos que habían cambiado la organización. Según Soler Gallo,

Una vez fusilado José Antonio el 20 de noviembre de 1936, meses después del estallido de la Guerra Civil, Formica inició un despegue progresivo del partido, originado por lo que en su consideración era un adulteramiento de los ideales joseantonianos. El general Franco asumió las riendas del partido, añadiéndole además la toxina del terror y el integrismo católico. (“Hurgando...” 43)

La apropiación de la Falange Española y la Sección Femenina introdujo cambios ideológicos que las convirtió en una extensión del poder de la dictadura franquista. Por tal motivo, ella

[opinó] que Falange debía disolverse. Sus miembros ayudarían a ganar la guerra, pero nadie debía aprovechar unas ideas, en trance de formación, para desvirtuarlas, sabiendo que los que detentaban el poder no creían en ellas. (Formica, *Visto y vivido* 267)

En efecto, la apropiación de las organizaciones falangistas distorsionó las creencias y los principios para el beneficio político de Franco. A partir de aquel entonces, ella se alejaba ideológicamente de las organizaciones falangistas y proclamaba ser solo “una activista de la primitiva Falange” (Soler Gallo, “Hurgando...” 43-45).

En los años después de la dictadura franquista, el legado de Formica ha estado marcado por su afiliación y participación en la Falange Española. Los críticos modernos consideran el estatus elevado de Formica en la organización falangista en conjunto con su amistad con José Antonio Primo de Rivera como un indicio de su supuesto antifeminismo. En respuesta a los críticos que la condenaban por su activismo en la Falange Española, Formica sostenía que:

el supuesto antifeminismo de José Antonio y la tesis, tan difundida, de querer a la mujer en casa, poco menos que con «la pata quebrada», debo decir que no es cierto. Forma parte del proceso de «interpretación» a que fue sometido su pensamiento. Como buen español,

sentía recelo hacia la mujer pedante, agresiva, desaforada, llena de odio hacia el varón. Desde el primer momento contó con las universitarias y las nombró para cargos de responsabilidad. En lo que a mí respecta, no vio a la sufragista encolerizada, sino a una joven preocupada por los problemas de España, que amaba su cultura e intentaba abrirse camino con una carrera en el mundo de trabajo. (*Visto y vivido* 178)

Desde la perspectiva de Formica, la “primitiva” Falange Española presentó una oportunidad de activismo político y social para la mujer española en una época en que las labores de la mujer se limitaban al hogar. En sus propias palabras, Formica proclamaba que “[c]reíamos que con entrega y sacrificio ayudábamos a España” (Formica, *Visto y vivido* 131). En este sentido, la oportunidad de desempeñar actividades voluntarias con el propósito de mejorar el país le había dado a Formica la capacidad de ejercer libre albedrío y un cargo de liderazgo que no hubiera sido posible conseguir en cualquier otro lugar en la época de la postguerra.

En la última obra de su trilogía, *Espejo roto y espejuelos*, Formica explica que su alejamiento ideológico de la Falange Española fue formalizado cuando Formica recibió “[una] carta de Pilar Primo de Rivera, pidiendo que redactase una ponencia para el Congreso Hispano-Americano-Filipino, que tendría lugar el año siguiente en Madrid” y a la consternación de la Sección Femenina “[su] respuesta de dos de noviembre de 1950 señalaba que en el apartado; comercio, industria, artesanía, agricultura, trabajo a domicilio, servicio doméstico, echaba en falta la situación de la española con base universitaria” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 17).

El énfasis en la injusticia laboral de la mujer española “no cayó bien en la Sección Femenina [y] a partir de ese momento empezó a mirarla como si no fuese ‘trigo limpio’” y la censuró por su “talante feminista” (Soler Gallo, “Hurgando...” 48). No obstante, la dicha “talante feminista” de Formica le ayudaría a lanzar su carrera literaria y contribuiría al éxito de su carrera jurídica con la reforma del Código Civil de 1889.

Mercedes Formica y el ejercicio de escritura como activismo político

Como se mencionó anteriormente, la Sección Femenina intentaba inculcar la importancia del ejercicio de escritura en la mujer española para promocionar sus propios valores y propaganda. A diferencia de sus contemporáneas de la Sección Femenina que eran “paradoxical cases of organized activist women exhorting the majority of their sisters to return to their traditional roles,” Formica había abogado abiertamente por los derechos de la mujer y su auto apoderamiento en la época de la postguerra (Enders 88). Y, aún más importante, Formica se aprovecharía de esta vocación durante los años cuarenta y cincuenta para poder subvertir el orden jurídico establecido por la dictadura y luchar por una reforma del Código Civil de 1889.

El éxito literario de Formica se puede atribuir a la experiencia personal y profesional de la abogada. Las experiencias de ser hija de padres separados, la Guerra Civil y la abogacía por la mujer maltratada le habían servido como inspiración para la publicación de “nine books—four novels, three books of memoirs, and two historical biographies” (Pérez y Ihrle 242). Entre ellos, Formica publicó una multitud de novelas “con marcados rasgos rosáceos, bajo el pseudónimo de Elena Puerto” y existe por lo menos tres novelas cortas que aparecieron en la revista falangista *Medina* de esta autora: *Peligro de amor* (1944), *Vuelve a mí* (1944) y *Mi mujer eres tú* (1946) (Soler Gallo, “Hurgando...” 44). A diferencia de la novela rosa tradicional,

Lo significativo e interesante es que las novelas de Elena Puerto (Mercedes Formica), se alejan de este patrón clásico de la novela rosa y presentan protagonistas femeninas transgresoras, insumisas, que trabajan fuera de casa, fuman y huyen de cualquier atisbo de matrimonio por conveniencia. (Soler Gallo, “Hurgando...” 44)

En vez de promocionar la propaganda política de la Sección Femenina, Formica se enfocaba sus esfuerzos en subvertir la ideología falangista que solo transmitió mensajes de subordinación femenina, religiosidad y domesticidad.

A pesar de empezar sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho en la Universidad de Sevilla en 1932, la *excedencia forzosa* de su familia la obligó a seguir sus estudios en la Universidad de Madrid. En adición, los eventos de la guerra hicieron que Formica no pudiera terminar su carrera hasta 1948. Al recibir una licenciatura en derecho, Formica deseaba perseguir una carrera diplomática; sin embargo, el requisito de “ser varón” ni siquiera le permitió la ilusión. Al final de la década de los cuarenta, la distancia ideológica entre Formica y la Sección Femenina creció al ejercer su carrera de abogada.

Además, no se puede pasar por alta la evolución literaria de Formica debido a su matrimonio con Eduardo Lloset, “un fundador de revistas culturales como *Mediodía* y *Santo y Seña*, y director del Museo de Arte Moderno” (Soler Gallo, “Hurgando...” 46). El matrimonio en 1937, “le abrió las puertas a los círculos literarios más importantes del momento, permitiéndole entrar en contacto con gentes de diferentes ideologías. El matrimonio vivía en Madrid junto al histórico Café Gijón, lugar de tertulia de intelectuales y artistas tras la Guerra Civil” (Soler Gallo, “Hurgando...” 46). Sin duda alguna, la oportunidad de interactuar con intelectuales de distintas afiliaciones políticas no solo le abrió las puertas a oportunidades literarias, sino también le hizo abrir los ojos a otras experiencias de la postguerra. Quizás, es por eso que Formica escribió “in a pattern typical for male writers, her autobiographical texts tend to be more a cultural description of her times than a personal account of her life. Her memoirs can be read as a historical document about the most important intellectual and political figures of Franco’s Spain and also as a denunciation of social repression” (Pérez y Ihrle 242).

“El domicilio conyugal”

Aparte de la producción literaria amplia de Formica, podría afirmarse que la obra más conocida y difundida de la autora-abogada es su ensayo periodístico titulado “El domicilio

conyugal”. En 1953, el ensayo apareció por primera vez en las páginas del periódico *ABC* y se trataba de la indiferencia pública hacia las injusticias jurídicas cometidas contra la mujer casada. En el ensayo, Formica relata el caso perturbador de Antonia Pernia, una víctima de doce cuchilladas infligidas por su esposo holgazán quien se negó a contribuir económicamente al hogar; en efecto, dejando a Pernia con toda la responsabilidad de sacar adelante a los hijos (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 40). A pesar de la inocencia evidente de la cónyuge, sus quejas llevaron a su esposo a golpearla y solo una cosa le impedía de solicitar una separación: una vivienda (Formica, “El domicilio...” 9). Es decir, el Código Civil hizo que la mujer casada se sintiera obligada a permanecer en un matrimonio abusivo, porque la alternativa de ser depositada en otro lugar sin acceso a su hogar, sus pertenencias o sus hijos no presentaba una opción más atractiva.

En lugar de defender las prácticas discriminatorias y anticuadas del Código Civil, Formica sugiere que “los señores jueces deberían tener facultades para otorgar la titularidad del domicilio conyugal al cónyuge-inocente, en este caso a la esposa, ya que, en definitiva, el domicilio conyugal es la casa de la familia y no “la casa del marido” como dice la ley” (Formica, “El domicilio...” 9). De esta manera, en el caso de una separación la cónyuge podría mantener el derecho de su casa, propiedad e hijos. Es más, Formica se basa este argumento en la defensa del carácter pacífico de la familia cristiana que debería inculcar la “moralidad y buenos ejemplos, y los hijos varones conocerían a tiempo que su mala conducta futura no se verá salvaguardada por el Código Civil...” (Formica, “El domicilio...” 9). Por medio de su lenguaje convincente y sensato, Formica logra comunicar un argumento sólido a favor de la reforma del Código Civil; además de transmitir la urgencia de este asunto mayormente pasado por alto por la sociedad:

esa mujer, que a la publicación de esta líneas quizá ya no sea, representa algo más que la protagonista de un suceso de sangre; representa un símbolo: el de la buena esposa, excelente madre de familia, a la que una injusticia de la ley llevó al inútil sacrificio de su vida. No permitamos que su caso se repita. Hora es ya de prevenir, en lugar de

lamentarse, de escoger el camino del diálogo y no el de la violencia, cuando se pretende implantar una reforma justa. (Formica, “El domicilio...” 9)

La publicación de este ensayo periodístico se tardó debido a “varias semanas de retención de la censura. Cuando finalmente apareció, se produjo el estallido” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 40). La publicidad generada por “El domicilio conyugal” fomentaba la campaña para una reforma de la jurisprudencia española. Además, y aún más importante, el ensayo periodístico captó la atención del público y le informó de las injusticias contra la mujer española mayormente ignoradas durante la época de la postguerra. En la obra, *Espejo roto y espejuelos*, Formica comparte una anécdota interesante a cerca de la reacción pública al ensayo: “[l]as cartas de los lectores llegaban al periódico en oleadas y en pocos días alcanzaron varios millares. Con una peculiaridad, el ochenta por ciento venían escritas por hombres. Padres, o hermanos de las víctimas” (40).

Conclusión

Por medio de su carrera de abogada, Formica se convirtió en una testigo de las injusticias legales contra la mujer y una revolucionaria en la defensa de la mujer casada. La experiencia en el tribunal junto a su entendimiento personal de la situación jurídica discriminatoria contra la mujer casada le inspiraría a abogar por cambios progresivos al Código Civil y Penal para restablecer los derechos jurídicos que anteriormente pertenecieron a la mujer española durante la Segunda República. En las palabras de uno de sus autobiógrafos más prominentes,

Mercedes Formica, aunque hizo la guerra vestida de azul dentro del Auxilio Social de la Sección Femenina— sector femenino de la Falange y de lo poco que conservó el franquismo de dicho movimiento—, es uno de esos falangistas, bastante peculiar y contradictorio en muchas ocasiones. (Soler Gallo, “Hurgando...” 43)

Además de su carrera legal, Formica desempeñaba el papel de periodista y novelista, sintetizando sus memorias en una autobiografía de tres partes y numerosos artículos periodísticos. El siguiente capítulo se enfocará en la tercera parte de su autobiografía titulada *Espejo roto y espejuelos* (1998)

que expone en detalle sobre la formación profesional de Mercedes Formica y *A instancia de parte* (1955) una de sus novelas más destacadas por su representación de la situación injusta de la mujer casada.

CAPÍTULO IV

EL ACTIVISMO JURÍDICO Y LITERARIO DE MERCEDES FORMICA:

“LA REFORMICA”

La libertad se aprende ejerciéndola

-Clara Campoamor

A principios de los años treinta, la mujer española se había acostumbrado a la gama extensiva de derechos y libertades aportados por la Segunda República. Durante un período breve de gran progreso social, la mujer española ya fuera universitaria, casada o divorciada tenía la oportunidad de perseguir una carrera, trabajar fuera del hogar o divorciarse como un derecho fundamental. No obstante, el nuevo protagonismo femenino estaba reñido con la visión nacionalista de una España católica, conservadora y patriarcal, hecho que provocó un retroceso social sin precedentes. La revitalización del Código Civil de 1889 durante la dictadura franquista significaba que la mujer española se encontraba en una posición evocadora de la represión social, intelectual, sexual y económica de la mujer durante la época de la Inquisición (Mangini 102-103). La libertad experimentada durante la Segunda República dejó de existir y “[w]omen’s voices were lost, their organizations disbanded, and their newly gained presence in the public arena disallowed. The new regime espoused a gender role of submission, docility, and unquestioning obedience to the tenets of domesticity” y la sociedad española limitaba la clasificación de las mujeres como “angels, madonnas, or whores” (Nash, *Defying Male Civilization* 184). Aun así, la historia nos dice que había muchas mujeres, republicanas y nacionalistas, que desafiaron tales limitaciones

de género sexual para poder demostrar la capacidad intelectual femenina durante plena dictadura.

La primera mujer, nacionalista o republicana, para enfrentar las injusticias jurídicas contra la mujer española era Mercedes Formica (1913-2002). Una testigo de las injusticias sociales contra de la mujer española, Formica ejercía su carrera de abogada y escritora para documentar y denunciar la naturaleza discriminatoria de la legislación hecha por y para los hombres. Es más, siendo una hija de padres separados, se enfocaba sus esfuerzos en la anulación de las leyes perjudiciales contra la mujer casada; en particular, la posición indefensa de la cónyuge en el caso de un divorcio. Por lo tanto, Formica era la primera mujer quien escribió sobre la desigualdad del Código Civil de 1889 y por medio de su escritura periodística y literaria subversiva puso en marcha una reforma amplia de la jurisprudencia española del siglo XX.

En la época de la postguerra, Formica se dedicaba a las injusticias cometidas contra la universitaria, la mujer en el sector laboral y la mujer casada. En las décadas tras la guerra, la sociedad mayormente pasaba por alto los derechos civiles de la mujer debido a la reconstrucción social, económica y política del país. De hecho, Formica sentía que las injusticias contra la mujer estaban ignoradas y no había un interés en la igualdad de derechos por parte del público ni de los escritores de la época. Por lo tanto, Formica expresa su frustración y los motivos sociales que inspiraban su producción literaria:

Hubiera resultado útil protestar a gritos, contra la exigencia de ser varón a las licenciadas, contra el humillante depósito de la casada tratada como una cosa, de su muerte en caso de adulterio sin más condena para el asesino que tres meses de destierro. Nunca les interesaron las pensiones alimenticias en favor de los hijos de parejas separadas, siempre insuficientes y con frecuencia impagadas. La «generación de los cincuenta» calló. Es posible que el ambiente hostil frenase sus plumas y sus lenguas. (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 34-35)

El ambiente hostil de la postguerra no la detuvo, sino que la motivó a sacar a la luz las historias de maltrato de la clientela que defendía en el tribunal. En particular, Formica las apuntó en sus

ensayos periodísticos como “El domicilio conyugal” (1953) y “Situación jurídica de la mujer española” (1954). En adición de los ensayos periodísticos, Formica logró difundir las historias reales de injusticias cometidas contra sus clientas. Sin duda alguna, el acto de escribir y publicar sobre los asuntos ya mencionados durante la plena dictadura era una hazaña notable al tomar en cuenta la rigidez de la censura gubernamental. En la introducción de su novela *A instancia de parte*, uno de sus biógrafos más prominentes, Miguel Soler Gallo, explica que la autora-abogada tenía tanto éxito con la publicación de sus obras literarias durante una época de censura estricta porque

Mercedes Formica [era] conocedora de las estrategias a seguir para poder publicar las obras, sitúa los hechos a finales de la década de los veinte del siglo XX, por lo que, desde el punto de vista del primer censor, nada habría de indigno hacia el régimen de Franco; y desde la perspectiva del segundo censor, la novela posee un final que se sitúa dentro de la moral de la época... (26)

La capacidad de escribir con éxito sobre asuntos controversiales como el divorcio, el maltrato de la mujer o el retroceso cultural en plena dictadura demuestra su astucia y aguda conciencia social. A pesar de que Formica no ha recibido el reconocimiento, la reforma jurídica inspirada por su activismo y erudición todavía impactan las vidas de la mujer española hoy en día. Por lo tanto, merecen investigarse con más detalle los logros de Formica por medio de uno de los escritos periodísticos ya mencionados, la novela revolucionaria *A instancia de parte* (1955). Además de en la última parte de su trilogía de memoria, *Espejo roto y espejuelos* (1998) en que Formica reflexiona sobre su carrera jurídica y la experiencia de impulsar la reforma del Código Civil de 1889.

Una vocación: Mercedes Formica y la defensa de la mujer española

Como se mencionó anteriormente, Formica era una de las pocas mujeres que se licenció en Derecho durante la época de la postguerra; sin embargo, no tenía la intención de ser abogada, sino

que quería hacerse diplomática. No obstante, el ambiente machista de los años cuarenta y cincuenta le impidió ejercer la carrera de diplomática. La Escuela Diplomática, como otras instituciones influyentes, prohibió explícitamente a la mujer española debido al requisito de “ser varón” para obtener empleo (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 10). Por lo tanto, Formica al igual que las mujeres en profesiones tradicionalmente masculinas, se encontraban “disimulado bajo subterfugios intolerables” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 9). La ilusión de ejercer su profesión se convirtió rápidamente en desilusión.

A pesar de que la mujer española había contribuido de modo significativo a los esfuerzos bélicos apenas diez años antes, la transición dramática entre la plena libertad de la Segunda República y la dictadura franquista resultó en encerrar de nuevo a la fémmina en la domesticidad del hogar (Mangini 102). En el sector laboral de la postguerra, la discriminación a base del género sexual, incluso contra la universitaria licenciada, resultó ser un impedimento para la mujer española al buscar empleo que no fuera de “enfermera, secretaria, lavandera, modista, institutriz, maestra, practicante, empleada de institutos de belleza o telefonista (Soler Gallo, “Una trayectoria...” 223). Desde esa perspectiva, se puede entender por qué la mujer española no podía anhelar un puesto de poder debido a la estratificación estricta del sector laboral y las expectativas tradicionales de género sexual. A pesar de que la mayoría de la abogacía de Formica se centraba en los derechos civiles de la mujer casada, también ella sentía una obligación de despertar la conciencia del público sobre la discriminación contra la universitaria femenina. De hecho, la exclusión de la mujer de los puestos de poder se convirtió en una obsesión de Formica y ella solicitó una entrevista con al Ministro de Justicia, Raimundo Fernández-Cuesta, para discutir el asunto de la discriminación contra la universitaria femenina. Naturalmente, él le echó la culpa a Formica por su propia desgracia:

“—A usted le pasa que ha equivocado la carrera. Debió escoger otra más de acuerdo con su condición femenina—.”

“—Partera. Debió estudiar para comadrona.” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 12).

Como se esperaba, Formica relata que sufría discriminación por motivos de género sexual por muchas organizaciones, incluyendo la Escuela Diplomática, la Judicatura y el Abogado de Estado porque su estado civil de casada y “[su] aspecto físico, al parecer, jugó una mala pasada. Según dijeron, [su] presencia en el despacho podría resultar «perturbadora»” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 13). Por lo tanto, Formica encontró empleo en el Instituto de Estudios Políticos y “[p]ara ejercer al menos su profesión, decidió darse de alta en el Colegio de Abogados de Madrid y abrir su propio despacho en su casa del Paseo de Recoletos, siendo una de las tres licenciadas en activo por aquellos años” (Soler Gallo, “Hurgando...” 48). Según Soler Gallo, “[s]us clientas, mujeres separadas y maltratadas, le permitieron conocer a fondo el status jurídico de la mujer española e iniciar una campaña que desembocaría en la reforma de algunas leyes del país” (“Hurgando...” 48). A partir de este momento, Formica alternaba entre dos de sus vocaciones, la escritura y la abogacía, para poder despertar la conciencia sobre las injusticias contra la mujer española en los años antes de la reforma del Código Civil en 1958.

“Situación jurídica de la mujer española”

En el ensayo periodístico de 1954, “Situación jurídica de la mujer española,” Formica expone en detalle los asuntos de la educación superior femenina, la desigualdad en el sector laboral a base de discriminación de género sexual y el divorcio. En la época de la postguerra, las injusticias arriba mencionadas contra la mujer eran mayormente pasadas por alto. Por lo tanto, la publicación de un ensayo que abordaba tales injusticias demostraba la astucia y conciencia social aguda de su autora. Este ensayo periodístico, en conjunto con una multitud de novelas sociales, contribuiría a la realización de su campaña revolucionaria posteriormente conocida como “La Reformica.”

Sin duda alguna, el éxito jurídico y literario de Formica se debió a la manera en que ella se presentaba a la sociedad española. En su ensayo “Situación jurídica de la mujer española,” Formica proclama ser una defensora sensata de la mujer; sin embargo, no se identifica con la feminista que odia al hombre ni tiene el propósito de destruir la estructura familiar o promocionar el divorcio:

Me interesa, sí, la defensa del ser humano ante el hecho de la vida, independientemente de que sea un hombre o una mujer [...] Ahora bien, si este ser humano es hombre, está suficientemente protegido por las leyes— aclaremos este punto—, por las leyes que él mismo se ha dado. Por el contrario, si ese ser humano es una mujer, no puede afrontar las mismas circunstancias con las mismas garantías que el hombre y en este punto radica la médula de mi postura. Lucho, y lucharé, para que se aumenten las medidas defensivas del más débil, en este caso la mujer. (Formica 165-166)

Al dirigirse a sus lectores de esta manera, Formica logra ganar el respeto de muchas personas sin importarles su género sexual o afiliación política. En este entendido, el lenguaje sensato de Formica permite que su argumento sea razonable y transparente, y que alcance a los oídos de su adversario más grande: el patriarcado. Por lo tanto, Formica presenta su argumento desde un punto de vista que apela a las preocupaciones de su oponente para hacerle creer que están abogando por la misma causa:

Lo curioso, lo verdaderamente sorprendente, es que los hombres y yo defendemos, en definitiva, los mismos principios. Los hombres sostienen que la mujer debe limitarse al cuidado de la casa, de los hijos, a vivir con dignidad su papel de mujer. Y yo pretendo que la mujer debe tener derecho a su casa, a sus hijos, a su dignidad de mujer. (Formica, “Situación...” 166)

Una y otra vez, Formica demuestra un agudo entendimiento de las injusticias contra la mujer y el ambiente de la postguerra con los que había luchado, abogando por la idea de la mujer como una partícipe en el mundo fuera del hogar.

Además, en el ensayo “Situación jurídica de la mujer española,” Formica expone en detalle su argumento en contra de la discriminación a base de género sexual en el sector laboral. Según Formica, tal discriminación en el sector laboral es un asunto insensato al considerar la aportación

significativa de la mujer durante los años de la Guerra Civil. En sus propias palabras, los resultados de la Guerra Civil son lo que obligan a la mujer a buscar empleo:

La mujer española trabaja, mejor, la mujer española se ve en la necesidad de trabajar y la obligan a ello una serie de circunstancias que ella ni ha traído, ni ha buscado, ni siquiera es responsable de que se hayan producido, ya que siempre vivió alejada de las tareas del gobierno, pero cuyas consecuencias sufre. (Formica, “Situación...” 166)

En el momento de la publicación de este ensayo, Formica alude al hecho de que los resultados perjudiciales de la Guerra Civil, como la viudez, han provocado “el setenta por ciento, más el setenta y cinco de las mujeres solteras y viudas españolas, se ven la necesidad de trabajar” (Formica, “Situación...” 167). No obstante, el vigente Código Civil limitó su capacidad de trabajar fuera del hogar para poder sacar adelante a sus hijos. La mujer de la postguerra ya fuese madre, casada, viuda, etc. se vio obligada a trabajar en el hogar y por lo tanto Formica planteó la pregunta: “[m]ucho se habla de la dignidad de una mujer, mejor dicho, de que ha de vivir con dignidad su papel de mujer, y yo me pregunto: Si la mujer se ve forzada a trabajar, ¿por qué razón ha de limitarse su capacidad?” (Formica, “Situación...” 172). Por lo tanto, se puede observar que la abogacía de Formica no solo se enfocó en las injusticias cometidas contra la mujer casada, sino que también en las que sufrió la mujer en el sector laboral.

A instancia de parte

En 1955, la publicación de la novela, *A instancia de parte*, transmitió una condena notable de la subyugación femenina y la discriminación contra la mujer en la jurisprudencia española de aquel entonces. En efecto, la novela, una ganadora del Premio Cid de la Cadena Sur, sirvió como un rechazo de la revitalización del Código Civil de 1889 que no solo revocó una multitud de derechos civiles para la mujer, sino que también permitió el uso de medidas perjudiciales contra la mujer casada en el caso de divorcio, adulterio e incluso la viudez. En este sentido, Formica “alzó la voz como nadie lo hiciera en el ámbito literario a favor de los derechos de la mujer en uno de

los momentos más represivos del franquismo” y condenó abiertamente el derecho singularmente masculino a matar en casos de supuesto adulterio femenino (Soler Gallo cit. en *A instancia de parte* 22-23). Una novela poco convencional según los estándares conservadores de la época de la postguerra, *A instancia de parte* se trata de una historia de engaño, violencia y legislación machista para hacer eco de la posición legal indefensa de la mujer casada durante los años cincuenta.

Al principio de la novela, Formica nos presenta al protagonista Chano Maldonado, un hombre derrotado, pobre y alcohólico que está vagando por las calles pidiendo limosna. En seguida, el lector se da cuenta de que Chano había experimentado un tipo de “devolución social” debido al adulterio por parte de su esposa, Esperanza, que les ha forzado a vivir juntos en la marginalización extrema. El acto de adulterio, en este caso cometido por la cónyuge, amenazó la reputación y carrera del cónyuge, hecho que le permitió al esposo engañado matar a su mujer adúltera según la jurisprudencia de aquel entonces. De hecho, el artículo 428 del Código Penal ni siquiera incluía al esposo en la definición del adulterio (Guijarro Cazarola 9). Por lo tanto, Chano se enfrenta con “el dilema de escoger entre su mujer y su carrera, se decidió por la última. Más tarde, su mujer había querido volver a su lado y Maldonado había accedido. Un nuevo engaño le hizo perder mujer y carrera” (Formica, *A instancia de parte* 135). La decisión compasiva y poco convencional para un hombre engañado de aquel entonces, le tenía despedido de su trabajo y echado de sus círculos sociales.

En su vagabundaje por las calles, Chano se encuentra por casualidad con un antiguo conocido, Julián, quien había votado por la expulsión social de aquél. Los dos entablan una conversación y Chano siente la necesidad de explicar el razonamiento de su decisión de perdonar a Esperanza:

Sé lo que piensas. Sé muy bien lo que estás pensando, que soy despreciable. «Yo en tu caso—me decían—, le pegaría un tiro». Te dicen eso, porque no están en tu caso. Yo

también, antes de que sucediese todo, lo había dicho muchas veces. «Si mi mujer me engañase, iría y le pegaría un tiro». Pero después llega el momento, y te pasa lo que a mí que no puedes hacerlo, y como te cogen, y te cercan, y te obligan a que decidas entre ella y lo que para ti es el pan, pues sucede que, como no has tenido valor para matarla, la dejas ir. (Formica, *A instancia de parte* 136)

Como se mencionó anteriormente, la violencia e incluso la matanza de la cónyuge infiel eran prácticas comunes y corrientes en los presuntos casos de adulterio. No obstante, Chano no decidió llevar a cabo el castigo de Esperanza, dejándole al lector con la percepción de que ella ejemplificará el significado de su nombre. A partir de ese momento, Julián decide ayudar a Chano y darle la oportunidad de rehacer su vida.

A pesar de la aparente amabilidad de Julián, la relación entre él y su propia esposa Aurelia aún más encarna la legislación injusta y discriminatoria contra la mujer casada. Julián, un hombre machista, decide que quiere liberarse de su esposa filipina al conocer a otra mujer a pesar de diez años de un matrimonio feliz. Al empezar un lío romántico con una mujer alemana, Bárbara, él trata de inventar un plan para deshacerse de Aurelia mientras mantiene a su hijo, su casa y su reputación. Aunque no considera el bienestar de Aurelia, Julián contempla la reacción de su hijo, Gregorio. Según Julián,

La idea de que su proyecto pudiese perjudicar al muchacho le cruzó como una ráfaga [...] Por el contrario, hago un bien a Gregorio. Si no destruyo para siempre el cariño que siente por su madre, su corazón quedaría dividido y terminaría por convertirse en un desgraciado [...] Todo acaba por apagarse, y Gregorio terminará por olvidar a su madre [...] Viviremos felices, como dos amigos. (Formica, *A instancia de parte* 201-202)

Julián, al igual que la legislación discriminatoria del Código Civil de 1889, deshumaniza a su mujer y la considera como si fuera propiedad. También, trata de justificar sus acciones porque:

Todos los hombres cometen en su vida equivocaciones como la que yo he cometido. Me he ligado a una mujer, que ahora me repugna físicamente, y sería capaz hasta del crimen por librarme de ella. [...] Y, en todo caso, ningún animal muere porque le quiten a su cría. (Formica, *A instancia de parte* 202-203)

A partir de ese momento, Julián ha decidido “liberarse” de Aurelia; sin embargo, su complot requeriría la ayuda de su amigo Chano. Por lo tanto, Julián logra sobornar a Chano con dinero y la oportunidad de vengarse retroactivamente de su oportunidad perdida con su propia esposa.

Julián y Chano crean un plan para poder capturar a Aurelia en una trampa y acusarla de adulterio. Los hombres preparan la escena para que parecería que Aurelia estuviera sola con Chano en su apartamento. Entonces, Chano derramaría vino sobre la blusa de Aurelia y le quitaría la blusa a Aurelia justo cuando su esposo entraba en el apartamento. A pesar de que el complot no incluye la matanza de Aurelia, los efectos de una acusación de adulterio serían perjudiciales a la vida española del período. No obstante, Julián cree que está tomando las acciones más apropiadas para liberarse de Aurelia...

Quiero que sepas, que actúo más noblemente con Aurelia que si recurriese al medio radicional, aceptado por todos, de pegarle un tiro. No quiero matar a esa mujer. No quiero matar a nadie. La vida la da Dios, y Él solo puede quitarla. La dejo vivir, pero aparto de mi hijo de su lado. Estoy en mi derecho y esa es, por otra parte, la solución más simple. (Formica, *A instancia de parte* 231)

Tras la puesta en escena del acto de adulterio, Julián le asegura de contar a todo el mundo sobre el supuesto engaño de Aurelia. Él alega que “esta tarde, he sorprendido a mi mujer con otro hombre [...] Aurelia ha sido siempre muy hábil para el engaño” y que “se atrevió con el pobre Chano. Cualquiera le hubiese valido, porque Aurelia, a pesar de su aspecto, no es sino un pedazo de carne” (Formica, *A instancia de parte* 279).

Después del supuesto adulterio por parte de Aurelia, su esposo ordena su depósito en un convento. Al llegar al convento, Aurelia no comprende la razón por la cual se encuentra encerrada en un convento y las monjas le dicen que ella solo está allí para pasar la noche. Aurelia describe el ambiente sofocante del convento como si fuera una sepultura (Formica, *A instancia de parte* 301). Aurelia se hace amiga de una mujer Fuensanta quien se revela ser una mujer engañada que

ha pasado nueve años encerrada en el convento. Al expresar su preocupación sobre su hijo Gregorio, Fuensanta le recuerda que las condiciones injustas de su depósito en el convento no permiten la visita entre ella y sus hijos: “[l]os asesinos pueden ver a sus hijos y los ladrones. Nosotras, no” (Formica, *A instancia de parte* 295). Según Fuensanta, la *patria potestad* vigente permite que “no te encierran, te depositan. Te cogen y te depositan. Se depositan cosas, dinero, mujeres. Mujeres también” (Formica, *A instancia de parte* 289). Fuensanta le explica a Aurelia que su situación es irremediable porque “la ley es una trampa dispuesta para que caigamos en ella solo las mujeres” (Formica, *A instancia de parte* 290). Del mismo modo, Aurelia tiene que pasar por un juzgado, pero no tiene el derecho de presentarse en el tribunal y como resultado:

Días más tarde, le entregaron la sentencia. En el extraño papel se decía que habiendo resultado probado el hecho de su adulterio se le aplicaba la pena estable para aquellos casos en el Código Penal, condenándosela a diez años de prisión menor, que cumpliría en el lugar que su marido indicase. (Formica, *A instancia de parte* 304)

A pesar de la sentencia severa, Aurelia no llega a realizar más que unos días en el convento porque las monjas “le dijeron que había tenido suerte que su marido consentía que cumpliera la condena en un convento de su país y también que un barco llamado el «Santa Cristina», la llevaría a la isla” (Formica, *A instancia de parte* 312). No obstante, Aurelia logra escaparse del barco antes de la partida para las Filipinas y huye en búsqueda de su hijo. Al llegar a la casa, Aurelia le grita a Gregorio desde la calle, pero él la rechaza penosamente:

Gregorio sollozaba. Su madre estaba allí, en la calle, suplicándole, reclamándole, y él se debatía en el esfuerzo desesperado de escapar a su llamada. Experimentaba el impulso de correr a su lado, de besar su cabeza, de alzarla de la tierra donde estaba caída, pero su padre había dicho, que era una mala mujer, tan despreciable [...] y a él le constaba que su padre no mentía. (Formica, *A instancia de parte* 314)

Luego, el hijo afligido trata de verla, pero es demasiado tarde porque ya se la llevaron al barco. Mientras tanto, Julián se encuentra con su amante Bárbara y le dice “[p]ierde cuidado [...] Las leyes son distintas para nosotros” (Formica, *A instancia de parte* 307). A pesar de que Julián

acusa a su esposa de adulterio y la envía de vuelta a las Filipinas para que él pueda estar con Bárbara, la única ley que en realidad viola es la de “amancebamiento”. Antes de la reforma del Código Civil, un cónyuge podía ser acusado de ese crimen; sin embargo, la denuncia del cónyuge no era común porque “debían de reunirse una serie de requisitos para que fuera considerado delito: tener a su amante o manceba dentro de la casa en la que reside con su esposa, o fuera del hogar públicamente” (Guijarro Cazarola 9). Como es de esperar, Julián nunca es condenado por tener una manceba—otro ejemplo de la desigualdad de las leyes del Código Civil de 1889.

Aunque parecería que la historia terminase en este punto, la circularidad y la perspectiva múltiple “desarrollan los conflictos en la narración y se exponen las contradicciones y complejidades de la experiencia humana, las leyes, y las tradiciones y usos” (Guijarro Cazarola 9). Al enterarse de las consecuencias de sus acciones, Chano vuelve a sentirse miserable debido a su participación en el engaño. También, Esperanza se da cuenta de lo que ha sucedido en su hogar y la nueva riqueza de su esposo sabiendo que Chano “había cometido tal crimen, impulsado por la necesidad que ella sola le había traído” (Formica, *A instancia de parte* 318). Ya sea indirecta o directamente, Esperanza reconoce su papel en el engaño de Aurelia y “[r]ecordó que conservaba el abrigo de la desconocida y se lo echó por los hombros. El perfume de Aurelia, la envolvió. Era como el olor de una muerta, de una mujer, a la que ella sola hubiese asesinado” (Formica, *A instancia de parte* 319). Por medio del entretendido de varias perspectivas masculinas y femeninas, Guijarro Cazarola y Soler Gallo están de acuerdo que cada personaje transmite un mensaje distinto sobre la sociedad de la postguerra, y aún más importante, subrayan “el triunfo del más fuerte (el hombre) en las leyes franquistas” (Soler Gallo, “Hurgando...” 51). En la novela *A instancia de parte*, la compleja intersección del engaño, la violencia y el machismo transmite una denuncia única y clara de la legislación discriminatoria de la postguerra.

“La Reformica”

En la época de la postguerra antes de la reforma del Código Civil de 1889, la mujer española casada se encontraba a merced de la legislación discriminatoria promulgada por y para el patriarcado. La inexistencia de protección jurídica de la mujer, especialmente en casos de divorcio, significaba que la mujer ni siquiera tenía el derecho a su propio libre albedrío en los asuntos legales que afectaban su autonomía, su propiedad, sus hijos e incluso sus propias ganancias. La injusticia contra la mujer solía ocurrir en casos de adulterio y divorcio en que el cónyuge no estaba sujeto al mismo estándar legal que su esposa. De hecho, Formica declara que, en la jurisprudencia del Código Civil de 1889, “lo que se había considerado justo para la mujer no se concebía si se trataba del varón” (*Espejo roto y espejuelos* 168). Aún más increíble, la mujer llevaba la culpabilidad en muchos contextos en que ella ni siquiera era la parte culpable, porque había crímenes que no se consideraban un delito si el cónyuge los había cometido (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 169). Formica, la primera mujer, nacionalista o republicana, para escribir sobre la desigualdad jurídica entre los géneros sexuales, puso en marcha una de las reformas jurídicas más influyentes de la historia española moderna. Por lo tanto, el movimiento nombrado “La Reformica” está dedicado a ella.

Antes de la reforma del Código Civil de 1889, la mujer casada se encontraba en una situación jurídica indefensa y comprometida. En aquella época, la mujer todavía se consideraba que formaba parte de la *patria potestad* de su marido junto con la casa, los bienes y los hijos. En el caso de un divorcio o adulterio,

El trámite obligado a la esposa *a quedar depositada* en casa de sus padres o de algún pariente si los tenía, y en caso de no tenerlos, en un convento, siempre, bajo la tutela de un «depositario» escogido o al menos tolerado por el marido, sin importar que este apareciese, en su día, como cónyuge culpable. (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 167)

Consecuentemente, la cónyuge perdió su propia autonomía y la guardia de sus hijos. En este caso, la *patria potestad* requería que la mujer se trasladara a otro hogar o un convento. La mujer se vio obligada a salir de su hogar porque se consideraba “la casa del marido.”

Además de la *patria potestad*, el Código Civil de 1889 había subyugado económicamente a la mujer dejándola a merced de su esposo. En efecto, la mujer tenía que recibir permiso de un hombre, ya fuera un hermano, padre o esposo para poder trabajar fuera del hogar o utilizar sus propias ganancias. Como se ha comentado en el ensayo “El domicilio conyugal,” Formica alude al hecho que la subyugación económica en conjunto con la escasez de derechos civiles dejaría a la mujer incapaz de escaparse de una situación abusiva, incluso si tuviera la voluntad para hacerlo. Metafóricamente, el Código Civil de 1889 había encarcelado a la mujer casada dentro de su propio domicilio sin la posibilidad de liberarse.

En el Código Civil de 1889, incluso las viudas se encontraron en una situación jurídica sin remedio. Aunque su esposo ni siquiera vivía,

El artículo 168 en su redacción antigua, había dispuesto «que la viuda que contrajese segundas o ulteriores nupcias, *perdía la patria potestad* sobre los hijos habidos de anteriores enlaces. Los menores quedaban bajo la tutela de un pariente o un extraño, sin rechazar la posibilidad de ejercer aquella el nuevo marido de la madre». (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 169)

Como resultado de la publicación de los ensayos periodísticos y novelas, Formica ganó notoriedad en España e incluso una entrevista con Franco para discutir las injusticias contra la mujer casada contenidas en el Código Civil de 1889. La abogada le había pedido una audiencia al caudillo en el caso de Josefina Gálvez, la viuda de Carlos Haya, un héroe de guerra nacionalista, que había sufrido maltrato como una rehén en una cárcel republicana y la dejó gravemente herida tras la guerra. En búsqueda de tratamiento médico para sus heridas, Gálvez se vio la necesidad de viajar para recibir tratamiento adecuado; sin embargo, no tenía el dinero suficiente

para el viaje debido a su estado civil de viuda. Inesperadamente, “[l]a entrevista con Franco resultó positiva. Hijo de padres separados, el tema le resultaba familiar” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 49). El resultado del caso de Josefina Gálvez resultaba ser positiva para la viuda y parecía impulsar la reforma.

A su vez, Franco le había dirigido a Formica que se reuniera con el Ministro de Justicia. Sin embargo, al llegar a la oficina, el Ministro de Justicia le informó a Formica que “[e]l caudillo ha telefoneado y ha expresado su interés por la reforma [...] Convendrá conmigo que las leyes no se cambian en un día. La Comisión de Códigos tendrá algo que decir” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 53). A lo que Formica responde: “Señor Ministro, quiero que sepa que soy muy pesada, ¡pesadísima! Usted pasará y yo me quedaré insistiendo una y otra vez. Hasta que se consigna el cambio” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 53). Está claro que el activismo jurídico en conjunto con la erudición literaria de Formica la ayudaron comenzar el movimiento para la anulación de los artículos discriminatorios del Código Civil de 1889.

En 1958, tras una lucha legal e ideológica de tres años, el movimiento de Formica resultó en “[u]na verdadera revolución en el mundo del derecho, con el cambio de importantes artículos del Código Civil, Ley Procesal y a favor de la mujer. El mayor sufrido por estos cuerpos legales desde su promulgación en 1888” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 167). Aún más impresionante, y como lo indica Soler Gallo, la reforma “fue efectuada tras una larga campaña, en solitario, con la oposición de casi toda la Sección Femenina, y únicamente apoyada por sus colegas de derecho” (“Una trayectoria ...” 246). Como resultado de “La Reformica,” la revisión amplia de los artículos discriminatorios contra la mujer cambió la *patria potestad*, el domicilio conyugal y los derechos civiles de la cónyuge.

Primordialmente, la reforma jurídica reconsideró la culpabilidad de ambos cónyuges, y por medio de la revisión lingüística del “artículo 105, consideró la infidelidad causa de separación, sin distinguir si la cometía el hombre o la mujer” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 169). Por medio de este reconocimiento, los cónyuges estaban en igualdad en el caso de un divorcio. En este sentido, la igualdad de derechos siguió con la revisión de la frase “el domicilio del marido” al “domicilio conyugal” para reflejar la responsabilidad y el derecho ambos cónyuges al hogar (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 167). Por lo tanto, en el caso de un divorcio, un juez tenía el poder de decidir las condiciones de vida del matrimonio separado y tras 1958 “resulta corriente que sea la esposa y el marido se marche a un hotel” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 168). Además del cambio radical acerca del domicilio del marido, la mujer ganó el derecho de manejar sus propias ganancias y el marido tenía que

Exigir el consentimiento de la esposa para disponer de los bienes gananciales [...] la unión se consideraba contraída bajo el régimen de gananciales. En teoría todo lo adquirido durante el matrimonio, se repartía al cincuenta por ciento al cesar la convivencia por muerte o separación. (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 168)

Finalmente, la reforma tomó en cuenta la situación perjudicial de la viuda. Según el nuevo artículo 168, “las ulteriores nupcias del padre o de la madre no afectarán a la patria potestad” (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 169). Las reformas jurídicas a favor de la mujer casada, divorciada y viuda solo forman parte de la revisión extensa de los sesenta y seis artículos del Código Civil inspirada por la abogacía de Formica (Soler Gallo, “Una trayectoria...” 244).

Conclusión

Por lo visto, se puede entender que Formica era una agente histórica compleja y conflictiva que dejó su marca en la historia de España. Al igual que Isabel la Católica, Formica es una figura controversial que provoca una multitud de reacciones entre la población española moderna. La anterior afiliación política de Formica ha empequeñecido su abogacía sin precedentes que mejoró

las vidas de innumerables mujeres españolas. Por lo tanto, el legado de Formica ha sido mayormente pasado por alto y sometido al olvido histórico. No obstante, durante la postguerra, Formica recibió elogios de sus compañeros de derecho e incluso una “falla” dedicada en su honor durante una celebración de Las Fallas en Valencia (Formica, *Espejo roto y espejuelos* 44). Como ya queda dicho, no todos los españoles, como la Sección Femenina, aprobaron su abogacía y, por lo tanto, rechazaron sus esfuerzos para mejorar la situación jurídica de la mujer. No obstante, la desaprobación de sus críticos no le impidió poner en marcha su reforma y en el ensayo periodístico “Situación jurídica de la mujer española,” Formica explica su indiferencia:

Acepto esta impopularidad y la carga sobre mis hombros, porque prefiero la animosidad de estos sectores a que en días venideros, una mujer, una que tal vez no haya nacido todavía, se pregunte qué hacíamos las mujeres abogadas de hoy, que conociendo los fallos de la ley, no hicimos nada para remediarlos. (166)

CONCLUSIÓN

En la época de la postguerra, la experiencia de la mujer española se vio afectada por el gran retroceso cultural de la transición entre la Segunda Republica Española y la dictadura de Francisco Franco. El deseo por parte de los vencedores de volver a la grandeza política del Imperio Español condujo a la privación de varias libertades sociales, educativas y legales de la mujer española con el fin de inspirar la conformidad fémica. Por lo tanto, las organizaciones falangistas revitalizaron la imagen de la reina Isabel I de Castilla (1451-1504) como un ejemplar de la femineidad para restablecer una sociedad unida, católica y conservadora.

No obstante, manipulada por el franquismo, la imagen suya de la Reina Católica era una representación reduccionista de la “reina regente” que omitió reconocer su multitud de características “masculinas” como la firmeza, la tenacidad y la autodeterminación— las cuales generó su complejo legado en la historia española y universal. Del mismo modo, la dictadura franquista solo reconocía a las mujeres de la postguerra con los papeles isabelinos de madre, ama de casa o religiosa devota, cuando en realidad, había mujeres de ambos partidos que no se conformaron a esas expectativas de femineidad convencional. Al contrario, se expresaron de una manera más parecida a la verdadera imagen de Isabel la Católica—compleja y conflictiva.

En el primer capítulo, la autora liberal Carmen Martín Gaité aporta una ventana a las condiciones sociales, políticos y religiosas de la mujer española durante un período de severa represión por medio de las colecciones de ensayos *Desde la ventana* y *Usos amorosos de la*

postguerra. En la época de la postguerra, Martín Gaité explica que la imposición de valores tradicionales y restrictivos sirvió como un catalizador para impulsar la desobediencia social de muchas mujeres clasificadas como “la chica rara,” debido a su inconformismo a las expectativas de género sexual en aquella época.

Como las protagonistas de *Entre visillos* y *El cuarto de atrás*, el arquetipo de la chica inconforme inventó su propio modo de ser para poder aguantar la opresión política, social y religiosa. En *Entre visillos*, la divergencia de las expectativas de la domesticidad y el rechazo de la perpetuación de los valores conservadores son rasgos de la protagonista, Natalia, quien expresa abiertamente su fuerte desinterés hacia el ambiente provincial mediocre a favor de una vida intelectual. De manera similar, la protagonista C. en la novela *El cuarto de atrás* no aspira a seguir las expectativas falangistas de la femineidad y en cambio se dedica a encontrar su propio camino a lo largo de los cuarenta años de la dictadura franquista.

Al igual que sus contemporáneas liberales, Mercedes Formica dedicó su carrera de abogada a la lucha por los derechos jurídicos de la mujer casada. A pesar de su afiliación política anterior a la Sección Femenina, Formica logra despertar la conciencia pública acerca de las injusticias del Código Civil de 1889 por medio de una multitud de ensayos políticos como “El domicilio conyugal” y “La situación jurídica de la mujer española.” Tal vez, aún más importante para la lectora actual son las obras autobiográficas de *Visto y vivido*, *Escucho el silencio* y *Espejo roto y espejuelos* en las cuales dramatiza su propia experiencia como mujer. También, Formica se destacó por su producción literaria ficticia en que las protagonistas femeninas como Aurelia en *A instancia de parte* se encontraron sin defensa frente al sistema jurídico discriminatorio. A pesar de su formación nacionalista, Formica no era un ser subyugado o sumiso, y, de hecho, ella se rebeló

contra muchas instituciones conservadoras para poner en marcha una de las mayores reformas legales de la historia española moderna.

Así como Isabel la Católica quinientos años antes, las protagonistas femeninas de la literatura de la postguerra y la vida de la mujer real demuestran que ellas eran capaces de forjar su propio camino. Es decir, las mujeres reales y ficticias de la postguerra demostraron ser individuos complejos con opiniones, creencias y aspiraciones que transcendían la representación de la femineidad falangista. Como nota final, es gratificante notar que la imagen reduccionista de la reina Isabel la Católica cesó poco después de la dictadura franquista y su imposición como un ícono adorado no ha sido revivida en la sociedad española desde entonces. Tal vez será para otra generación de mujeres la tarea de ver con ojos claros la totalidad de esa personalidad única que era en realidad Isabel la Católica.

BIBLIOGRAFÍA

- Casanova, Julián. *La Iglesia de Franco*. Barcelona: Crítica, 2005. Online.
- Brown, Joan Lipman. "One Autobiography, Twice Told: Martín Gaité's 'Entre visillos' and 'El cuarto de atrás'." *Hispanic Journal* (1986): 37-47.
- Cruz-Cámara, Nuria. "'Chicas raras' en dos novelas de Carmen Martín Gaité y Carmen Laforet." *Hispanófila* 139 (2003): 97-110.
- Davidson, Jessica. "Women, Fascism and Work in Francoist Spain: The Law for Political, Professional and Labour Rights." *Gender & History*, vol. 23, no. 2, 2011, pp. 401-414., doi:10.1111/j.1468-0424.2011.01645. x.
- Di Febo, Giuliana. "<<Nuevo estado>>, nacionalcatolicismo y género." *Mujeres y hombres en la España Franquista: sociedad, economía, política, cultura*, by Cristóbal Gloria Nielfa, Ed. Complutense, 2003, pp. 19-44.
- Durán, Manuel. "Retahílas, El cuarto de atrás, y el diálogo sin fin." *Revista iberoamericana* 47.116 (1981): 233-240.
- Earenfight, Theresa. "Two bodies, one spirit: Isabel and Fernando's Construction of Monarchical Partnership." *Queen Isabel I of Castile: Power, Patronage, Persona* 253 (2008): 3.
- Ellwood, Sheelagh M. "Falange Española and the Creation of the Francoist 'New State'." *European History Quarterly* 20.2 (1990): 209-225.
- Enders, Victoria L. "'And We Ate Up the World': Memories of the Sección Femenina." *Right-Wing Women: from Conservatives to Extremists around the World*, by Paola Bacchetta and Margaret Power, Routledge, 2002, pp. 85-98.
- Formica, Mercedes. "El domicilio conyugal." *ABC*, 7 Nov. 1953, pp. 9-9.
- . *Espejo roto, y espejuelos*. Huerga y Fierro, 1998.

- . "Situación jurídica de la mujer española." *Argensola* 2 (1954): 165-172.
- Formica Mercedes, and Mariano Vergara. *Memorias: Visto y vivido, Escucho el silencio (1931-1947)*. Editorial Renacimiento, 2013.
- Gaite, Carmen Martín. *Desde la ventana*. Espasa-Calpe, 1987.
- . *El cuarto de atrás*. Siruela, 2012.
- . *Usos amorosos de la postguerra española*. Anagrama, 1988.
- Gaite Carmen Martín, and Marina Mayoral. *Entre visillos*. Destino, 2016.
- Glenn, Kathleen M. "From Social Realism to Self-Reflection: Carmen Martín Gaité and the Postwar Novel." *Letras femeninas* 10.1 (1984): 18-26.
- Guijarro Cazorla, Cristina. "El uso de la perspectiva múltiple en la novela de Mercedes Formica A instancia de parte." *Tejuelo: Didáctica De La Lengua Y La Literatura* 3.1 (2008): 7-21. Web.
- Mangini González, Shirley. *Memories of Resistance: Women's Voices from the Spanish Civil War*. Yale University Press, 1995.
- Nash, Mary. *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War*. Arden Press, 1995.
- Ofer, Inbal. "A 'New' Woman for a 'New' Spain: The Sección Femenina De La Falange and the Image of the National Syndicalist Woman." *European History Quarterly*, vol. 39, no. 4, 2009, pp. 583–605., doi:10.1177/0265691409342657.
- O'Byrne, Patricia. *Post-War Spanish Women Novelists and the Recuperation of Historical Memory*. Tamesis, 2014.
- Payne, Stanley G. *Spanish Catholicism: An Historical Overview*. University of Wisconsin Press, 1984.
- Pérez, Janet, and Maureen Ihrie. *The Feminist Encyclopedia of Spanish Literature: AM*. Vol. 1. Greenwood Publishing Group, 2002.
- Pérez, Janet. "'Nubiosidad Variable': Carmen Martín Gaité and Women's Words." *INTI*, no. 40/41, 1994, pp. 301–315., www.jstor.org/stable/23285728.
- Sieburth, Stephanie. "Memory, Metafiction and Mass Culture: The Popular Text in 'El cuarto de atrás'." *Revista hispánica moderna* 43.1 (1990): 78-92.
- Soler Gallo, Miguel. "Hurgando en el 'desván de los malditos': unas notas sobre mercedes Formica." *Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica* 2.3 (2011): 40-55.

- . "Una trayectoria disidente en la Sección Femenina de Falange: Mercedes Formica y la reforma del Código Civil de 1958." *Changes, Conflicts and Ideologies in Contemporary Hispanic Culture*, Teresa Fernández-Ulloa (ed.) (2014): 219-248.
- Talbot, Lynn K. "Female Archetypes in Carmen Martín Gaité's 'Entre visillos'." *Anales de la literatura española contemporánea*. Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1987.
- Weissberger, Barbara F. *Isabel rules: constructing queenship, wielding power*. University of Minnesota Press, 2004.
- Zorrilla, Elena Maza. "El mito de Isabel de Castilla como elemento de legitimidad política en el franquismo." *Historia y Política: ideas, procesos y movimientos sociales* 31 (2014): 167-192.

VITA

Sarah Obrist is originally from Wheaton, Illinois. Before attending Loyola University Chicago, she attended North Central College in Naperville, Illinois, where she earned a Bachelor of Arts in Spanish and Global Studies. In 2016, she completed a Hispanic Studies Program at La Universidad Pablo de Olavide in Seville, Spain. While at North Central College, Obrist earned the distinction of “Most Outstanding Spanish Major” among other merit scholarships.

In 2018, Obrist enrolled as a graduate student at Loyola University Chicago where she worked as a Teaching Assistant in the Department of Modern and Classical Languages and represented the graduate program on the Graduate Student Advisory Council. Additionally, Obrist was selected to complete an internship as a study abroad program assistant at Universidad Loyola Andalucía in Córdoba, Spain in June 2019.

Currently, Obrist is a translator at an immigration law firm located in Chicago, Illinois.